

Esta edición PDF
del **Papel Literario**
se produce
con el apoyo de



RIF: J-07013380-5

ESCRIBE ÁLVARO VARGAS LLOSA: El libro de Rangel explica las raíces y las consecuencias de ello de admirable manera, y distribuye las responsabilidades con un sentido certero de las culpas. Por ello mismo, su valor es profiláctico: realiza una tarea de higiene mental que consiste en limpiar nuestro magín de las mentiras que nos han llevado a fracasar con denuedo a lo largo de dos siglos de vida republicana.



50 AÑOS >> DEL BUEN SALVAJE AL BUEN REVOLUCIONARIO

Carlos Rangel en tres tiempos

Reeditado una y otra vez, traducido a varias lenguas, leído y debatido, el libro primordial de Carlos Rangel, *Del buen salvaje al buen revolucionario*, cumple 50 años de su publicación. Coordinado por su hijo Carlos J. Rangel, *Papel Literario* ofrece hoy un dossier en el que participan Elizabeth Burgos, Loris Zanatta, Axel Kaiser, Álvaro Vargas Llosa, Marcel Granier, Beatrice E. Rangel, Guillermo Tell Aveledo, Francisco Santos, Luis Herrera Orellana, Miguel Ángel Martínez Meucci, Asdrúbal Aguiar A., Pedro Benítez, Andrea Rondón y el propio Carlos J. Rangel

CARLOS J. RANGEL

En 2018 se me acercó Pedro Almeida, el presidente de una casa editorial en São Paulo, Brasil. Quería publicar una nueva edición del libro *Del buen salvaje al buen revolucionario* (*Dsbsbr*) en portugués. Habiendo leído mi recientemente publicado libro *La Venezuela imposible*, me pidió que escribiera una nueva introducción a *Dsbsbr*. Me sentí honrado, y le dije que, con gusto, pero que más que una opinión acerca del libro escribiría un contexto biográfico, debido a que demasiada gente no sabía quién era y de dónde venía Carlos Rangel. Sería una introducción para las nuevas generaciones buscando insertar el legado de Rangel en el marco histórico de su vida.

Me parecía necesario ese enfoque por el vaivén referencial de la obra de mi padre, a duras penas rescatada de las aguas de la marea rosada que cubrió a la región entre la última década del siglo anterior y la primera parte de este. En el contexto de los años 90 y algo más, la tesis de que Latinoamérica había sido, era y, si mantenía el rumbo, seguiría siendo un fracaso no sentaba bien con las élites intelectuales, dominadas por la izquierda ideológica. Venezuela y el continente entero iban hacia el mar de la felicidad que era Cuba. Allende había sido un revés temporal, una lección aprendida. Por eso el vigésimo aniversario del libro, 1996, pasó por debajo de la mesa y a casi una generación se le borró del mapa la obra de Carlos Rangel. A partir de la edición por sus 30 años, iniciativa de Cedice y *El Nacional* y con un nuevo epílogo escrito por Carlos Alberto Montaner, se fue reivindicando el mensaje de Carlos Rangel.

Le pasé el borrador de aquella “reseña biográfica para una nueva generación” a Montaner, con quien conversaba y compartía a veces en el Interamerican Institute for Democracy de Miami. Montaner fue muy elogioso; había dado en el clavo, fueron sus palabras. Esta introducción ahora se incluye en ediciones circulando en Italia, Chile, pronto una nueva en inglés y, por supuesto, Venezuela, en donde se puede descargar el libro digital en el sitio web de Cedice Libertad. Para los que quieran mi visión biográfica de mi padre, allí la encontrarán. Lo que escribo hoy para *Papel Literario*, no lo es. Este es un tapiz remendado de recuerdos entretejidos.

La bisagra

Una semblanza personal de alguien como Carlos Rangel no es tarea sencilla. La dualidad figura pública y persona privada puede crear tensiones, incluso éticas, acerca del alcance de lo que se escriba. Su estatura intelectual lo eleva a un pedestal y casi lo deshumaniza, pero mis recuerdos, desde tempranos hasta finales, son de una persona cálida, humana y cariñosa. El calificativo más relevante en esa frase es *humana*.

Pero escribir acerca de la parte humana de mi padre, ¿tendrá acaso interés más allá de algún sensacionalismo barato, de una curiosidad mal sana? ¿De qué manera aporta la perspectiva de un hijo a la comprensión de la obra intelectual de su padre? ¿De qué manera la puede disminuir? ¿Qué

es lo más significativo para fortalecer un legado, humanizar o deshumanizar?

Creer como hijo de Carlos Rangel no fue tarea fácil, y no supe eso sino hasta años más tarde. La burbuja de la niñez y adolescencia que él nos construyó no nos permitió ver de manera normal nuestra anormalidad. ¿Olvidar el francés antes de aprender el español? Normal. ¿Hablar de Chou En-Lai y Lin Piao en la mesa del desayuno? Normal. ¿Tener un gato siamés llamado Li-Po, como el poeta chino? Normal. ¿Jugar con mi hermana a que hacíamos revistas? Normal. ¿Tener la espada de un bisabuelo en la sala? Normal. ¿Aparecer en un reportaje gráfico de la revista *Momento* por la inauguración del Parque del Este? Normal. ¿Tener un taller de artes plásticas para niños de Chapellín y Maripérez en el piso del jardín de la casa? Normal.

No, no lo era. No era normal, y no lo sabíamos. Mientras formaba conciencia y norte intelectual, forjando carrera, mi padre buscó proteger a sus hijos. Tras coqueteos con comunistas en el exilio mientras estudiaba en París, regresó a Venezuela para ocuparse de su familia. En 1952 había nacido en París, Antonio Enrique, su primogénito; en 1954 y 1955 nacerían en Caracas dos hijos más, Magdalena y yo, Carlos José. Su benjamina, Diana, sorprenderá en la capital venezolana en 1962, tras tumbos en los tiempos de dictadura.

Con su hermano único y mayor, José Antonio, durante esos tiempos, se dedicó a la construcción con Armando Aldrey, a una concesionaria de motocicletas con el olímpico Julio Cesar León; y compraron una parte mayoritaria de una revista, *Momento*, con Carlos Ramírez MacGregor.

Sus amistades con los antiperezjimenistas y comunistas de París se mantuvieron fuertes en esta época. Junto con su esposa (mi mamá, la artista gringa), Bárbara, servían de correo secreto para la resistencia contra la dictadura a través de la Escuela de Artes Plásticas Cristóbal Rojas, que ella frecuentaba. A veces el sótano de la casa sirvió de refugio clandestino para algún miembro de la oposición perseguida. Me relataron años después que, entre otros enconchados estuvo Luis Aníbal Gómez, el periodista, a quien mi papá había conocido en París y quien mantuvo una fraternal amistad con los hijos Rangel y mi mamá hasta su muerte.

Mi papá dormía con un revólver bajo la almohada.

Mi mamá me relató que, a principios de 1955, se alarmó una noche al oír ruidos en la casa. De repente, la puerta del cuarto parecía abrirse sigilosamente. Mi mamá trató de despertar calladamente a mi papá, quien dormía profundamente sobre la almohada con el revolver. El mayor susto de mi mamá fue pensar lo que hubiese podido suceder al abrirse la puerta y entrar mi hermano de casi tres años. Ese mismo año, en septiembre, nos embarcamos en autoexilio, rumbo a Nueva York, yo de apenas meses en un buque mercante, berreando como bebé durante toda la travesía, según ella me contó.

Desde luego recuerdo poco de aquellos años. Me viene a la mente alguna ventana de algún aparta-



CARLOS RANGEL / MAGDALENA RANGEL

mento, posiblemente en Nueva York o Bruselas, anticipando ver a mi papá llegar; el muro de un malecón en alguna costa de Bélgica, sorprendido con el mar cubriendo la playa entera que poco antes habíamos estado disfrutando; una casa de campo cercana a un impenetrable bosque de enormes helechos, bosque en el cual habíamos alguna vez buscado hongos comestibles; la noche, en esa misma casa, cuando mi papá hizo una inmensa hoguera con la colección de suplementos de Tintín que tenía mi hermano, porque nos íbamos a mudar a otro país: Venezuela.

No era que nunca había estado en Venezuela, aparte de nacer allí. Por lo menos una Navidad la pasé en casa de mi abuela y mi tío, que vivían juntos en una casita en Colinas de Bello Monte. Lo sé porque una amiga de la infancia de mi madre me contó entre risas que en febrero o marzo de 1958, en el apartamento de Nueva York, cada vez que oía pasar un avión o camión cercano corría a esconderme gritando “¡bomba, bomba!”.

Las Navidades anteriores, 1957, mi abuela Malala me había llevado a Venezuela. A partir del primero de enero la situación se tornó volátil e inestable, aviones ametrallando y lanzando ataques, automóviles explotando. A mi tío lo pusieron preso en algún sótano de Miraflores por visitar la casa de un amigo. Había tensión; había ¡bomba, bomba! Porque me lo contaron sé que estuve en Caracas durante la rebelión popular de enero, 1958. No recuerdo nada. Poco después, mi mamá me vino a buscar y luego nos mudamos a Bélgica, donde el flamante embajador de la Junta de Gobierno, Carlos Ramírez MacGregor, nombró a mi papá primer secretario y agregado cultural de la embajada.

¿Qué ocurrió en esta década de los años cincuenta que transformó a mi padre de un joven socialistoide a un demócrata liberal? ¿Cuál fue la bisagra? A mi parecer hubo tres eventos que marcaron su formación ideológica entre 1954 y

1956: su rechazo a la hipocresía política del Macartismo; su rechazo a la hipocresía ideológica de la Unión Soviética al invadir Hungría; y su rechazo a la hipocresía moral de un héroe intelectual durante su vida parisina, Jean-Paul Sartre, cuando este defendió los crímenes revelados de Josef Stalin.

Esto último servirá de base para el valor central de su vida: buscar y defender la verdad y desmascarar mitos. Servirá para desarrollar su tercer libro, centrado en el deber moral de cualquiera con capacidad de influencia, y, en particular, del deber de aquellos que han tenido oportunidad de obtener una buena educación y posición en la sociedad o las fuentes de opinión: el deber de no mentir, la verdad como obligación moral. De allí su rechazo a Sartre, no como el escritor de obras de teatro insignes, sino como el ideólogo al que no le parece conveniente revelar los gulags de Stalin para que la clase obrera no se confunda –para “no desesperar a Billancourt”, en ese entonces la zona obrera bastión del Partido Comunista francés.

Ante lo que Rangel percibió como su deber moral con la sociedad, la consecuencia inevitable es defender la libertad de expresión, el debate de ideas indispensable para procurar esa verdad. Transitivamente, esa lucha por defender la libertad de expresión es la lucha y defensa de la democracia pluralista, único sistema en donde puede sobrevivir dicha libertad. Eso es lo que hacía cada mañana en su programa de televisión, *Buenos Días*.

Suprimir la realidad o confundir con verdades matizadas era lo que tenían que hacer los fieles creyentes en el comunismo y en el mar de la felicidad que es Cuba. Es por esto que los ataques contra Rangel buscaban desacreditarlo con calificativos *ad hominem*, como pitiyanqui, reaccionario, fascista, ultraderecha, CIA, etc. La defensa de la democracia tiene sus bemoles.

(Continúa en la página 2)

Carlos Rangel en tres tiempos

(Viene de la página 1)

Desde la literatura se le condenó por haber hecho un ensayo de opinión. “Esa será la suya, pero yo tengo la mía” es la esencia de ese ataque. Con lenguaje hiperbólico sin rigor académico, se le acusaba de utilizar lenguaje hiperbólico sin rigor académico. En un bello y extraordinario ejercicio intelectual, Manuel Caballero acusó a Rangel, poco después de su muerte en 1988, de utilizar la verdad como dogma, comparándolo con Stalin, y sugiriendo que la verdad tiene contexto y matices. Una visión Sartriana de la verdad.

Hablando de su muerte...

Vida (y muerte)

Algunos días después de Reyes, en enero de 1988, vi a mi padre por última vez. Yo ejercía como arquitecto y regresaba del almuerzo, caminando rumbo a una obra que todavía me produce gran satisfacción, el ambiente Cruz-Diez en la Torre del Banco Provincial. Haber colaborado con ese gran artista fue una experiencia magnífica, su casa-taller un pulcro laboratorio de luz y colores creando maravillas policromáticas. Reconocí el carro de mi padre entre el tráfico y lo saludé, me pidió que me montara. Hablamos unos minutos y le dije que tenía que irme, tenía una reunión de trabajo en la obra. Nos despedimos por última vez mientras me bajaba del carro, todavía varado en esa misma cuadra del tráfico caraqueño. Sus hijos, mal que bien, estábamos encaminados como adultos.

Mi padre apoyó de muchas maneras mi vocación y carrera como arquitecto. Me dijo alguna vez que arquitectura hubiese sido también una carrera para él. A fin de cuentas, fue promotor de al menos un edificio de apartamentos por allá en la Avenida Victoria en los años 50. Construyó su propia casa en esa época (la del sótano con Luis Anibal Gómez enconchado), la cual se le ve supervisando en una parte del documental de Cinesa dedicado a él, y más tarde construyó otra, al lado de esa primera.

Esas dos casas estaban sobre la subdivisión de una gran parcela en la Alta Florida que había sido semirural e iba desde la placita Los Pinos hasta un barranco y quebrada al fondo. Sobre esa gran parcela había estado la casa de mi abuelo. En total, aparte de la casa original, se construyeron unas cuatro o cinco casas sobre ese lote, en una de las cuales tal vez vivían unas primas muy queridas, las Guevara, Magdalenita y Carolina. Si no vivían en una casa cercana, siempre estaban cerca de mi corazón, por lo cual es fácil confundirse. Del lado sur de la calle me imagino que los dueños originales de la parcela hicieron lo mismo, y en la casa que daba sobre la placita, vivió el viejo Naum Ímber con su esposa e hijas, Lya y Sofía. Al menos eso me contó años después una de esas personas que mantienen las memorias de familia, una vieja criada llamada Carmen. Aun de ser así, no creo que mi papá y Sofía se hayan conocido en aquel entonces, tal vez se vieron a veces. Las diferencias de edad cuando se es joven son mayores de las que son al pasar los años; ella era una pavita, él un niño cinco años menor. En esa casa de la esquina donde recuerdo viviendo a Rubén Coronil y su esposa, la dulce y cariñosa Lya, conocí a la anciana señora Ana Barú, casi de cien años me pareció, madre de las hermanas Ímber.

La casa al fondo, que mi papá construyó en 1961, fue fabricada sobre una zona de árboles frutales que había sembrado mi abuela. Había muchos mangos, un hicaco, un níspero, un guayabo, un naranjo... Al parecer también una mata de aguacates morados según mi abuela, quien nunca le perdonó al arquitecto, Guido Guazzo, haberla talado. La verdad es que hasta el día de hoy no estoy seguro qué es lo que son aguacates morados.

Fue en esa casa que conocí a Raúl Leoni, candidato presidencial, 1963. Mi papá hablaba con Leoni en la sala y yo entré a saludar al llegar del colegio. Me presentó al señor y yo salí a seguir mis ocupaciones de escolar o de niño. A través de mi padre llegué a conocer a cuatro presidentes de la era democrática venezolana, cada uno con su cuento especial, todas personas nobles.

Lo conocían en ese medio y algo sabían de su historial escondiendo prófugos. Una noche sonó la puerta, insistentemente. Mi papá, en pijama azul, bajó para abrir, revólver en mano. Al último momento se lo escondió de alguna manera. Al abrir la puerta había decenas de efectivos de algún cuerpo policial portando armas largas. Esto fue durante los años intensos de la Lucha Armada. Conversaron minutos interminables y se fueron, dejándonos a todos con solo el susto.

Compartiendo estos recuerdos con mi hermana Magdalena, ella se acordó a su vez de algo de aquella época. Siendo papá presidente del Concejo Municipal de Caracas él la llevó a una barriada de ranchos, un cerro. Aleccionadoramente le dijo que la mejor vía para eliminar esta pobreza que veían a su alrededor era la educación; estaría inaugurando una escuela o algo así. Años más



FAMILIA RANGEL BARLING / ARCHIVO FAMILIAR

tarde, cuando ella le pidió interceder para obtener una beca de la Fundación Ayacucho se negó, diciéndole que él tenía recursos para pagarle la universidad y que esas becas eran para quienes no tenían ese tipo de recursos. Mi padre le pagó la universidad a mi hermana. La importancia que le daba mi padre a la educación para mejorar la condición social se refleja en su discurso ante la primera promoción del Programa Avanzado de Gerencia del IESA en 1984, “El nuevo país”, texto incluido en su tercer libro, *Marx y los socialismos reales y otros ensayos*.

En aquellos años, él siendo subdirector y copropietario de la revista *Momento*, los Meneses, que escribían en la revista, entablaron gran amistad con nuestra familia. Ibamos a la playa juntos, al Junquito, celebrábamos cumpleaños en nuestras casas. A veces me iba caminando a merendar a la Quinta Sureña, la gran casa de Guillermo Meneses a unos diez minutos a pie de la nuestra, algo más allá de la casa de Arturo Usler Pietri, cerca de la entrada al barrio Chapellín. Recuerdo esa casa como cavernosa, revistas por todos lados, seguramente muchas *CAL*, y esculturas en el jardín. En mis recuerdos, son imágenes como las de la mansión en aquella película de Orson Welles, *Ciudadano Kane*.

En la nuestra, la Quinta Magdalena (luego la primera SIR), había un pequeño cuarto, una biblioteca con impresionantes libros encuadernados en cuero, algunos perforados por gusanos, y un tocadiscos, creo que Garrard. Allí estamos mis padres, Guillermo, Sofía y nosotros escuchando música, tal vez Quinteto Contrapunto, o Joan Baez, o George Brassens o Dave Brubeck...

Amigos en reunión. Por alguna razón hablamos de champú, a lo cual Guillermo dice que él no usa champú, eso es afeminado; él usa jabón Las Llaves. Sofía le frota la calva cariñosamente y le dice algo así como “sí, se te nota”. Guillermo le medio gruñe-sonríe, o tal vez suelta una carcajada, ciertamente devolviendo cariño. Durante un breve tiempo me lavé el pelo con jabón Las Llaves.

“Margarita, está linda la mar, y el viento lleva esencia sutil de azahar, yo siento...” Ese poema se escucha en el patio de la casa, al final de algún atardecer cuando mi papá se lo lee a mi hermana, las ranitas cui-cui comenzando sinfonías vespertinas. Nos lo aprendimos, con todas sus palabras exóticas: azahar, malaquita, tisú... Estaba en uno de esos libros encuadernado en cuero.

En aquella colección de poemas, seguro que estaba también la “Salutación al águila”, incluido años más tarde en el segundo capítulo de *Dbsbr*: “Latinoamérica y los Estados Unidos”.

(Vida y) muerte

A principios de octubre del 2017 recibí una llamada del productor del programa de televisión de Jaime Bayly. Acababa de publicarse mi libro *La Venezuela imposible. Crónicas y reflexiones sobre democracia y libertad*, que trata a la vez de testimoniar y de comprender el retroceso democrático de este país. El libro tuvo buena acogida: Montaner me invitó a presentarlo en su instituto; Plinio Apuleyo Mendoza me hizo un comentario extraordinario; el entonces senador Marco Rubio me escribió diciendo que lo mantendría como referencia. Hoy día pareciera que se tomó algo a pecho mis reflexiones cautelosas acerca

de una “desbaazificación” durante una posible transición.

Algo después de la mitad de la entrevista, tras una pausa para comerciales, Bayly me hizo de manera inesperada la pregunta que seguramente quería hacer desde el principio: “¿Por qué se suicidó Carlos Rangel?”.

En Instagram *Summa venezolana* ha estado cargando segmentos de entrevistas a y por Carlos Rangel con motivo del aniversario del libro. Cerca de un tercio de los comentarios hacen esa misma pregunta. Igual sucede en YouTube con casi cualquier video sobre Carlos Rangel.

Esa es una pregunta natural, lógica, racional. Por supuesto yo me la he hecho. En el libro *La señora Ímber*, Sofía trata de responder a la pregunta, sugiriendo una predisposición genética, basada en un artículo amarillista que salió el día después de la muerte de mi padre en donde se decía que había habido once suicidios en nuestra familia. No los ha habido. Mi abuelo se suicidó en 1949, es cierto. Leí sus tres cartas a socios y a mi abuela; tenía conflictos emocionales que no supo resolver. Una media hermana de mi abuela se suicidó en los años 60, es cierto. Tenía un esposo que le pegaba y correteaba faldas. De resto, he revisado profundamente y no he hallado más o están muy ocultos. El fusilamiento de Funes con los ojos abiertos no cuenta. Tomás Funes fue medio hermano mayor de mi abuela.

Mario Vargas Llosa y Antonio Sánchez García, se hicieron eco del rumor de los once suicidios. Vargas Llosa repitió también uno según el cual “Rangel estaba intelectualmente en paz” por ver a la región bien encaminada hacia la democracia liberal. Esto no parecería corresponderse a los hechos. En su epílogo al libro, en 1986, Rangel advierte acerca de la persistencia de mitos que acechan a la democracia y al desarrollo de la región. En la famosa entrevista por Marcel Granier que se mantiene en circulación dice lo mismo. Montaner lo destaca en su epílogo del 2016.

Mi respuesta, a falta de una mejor, es la que le di a Bayly en aquella entrevista: es imposible encontrar una explicación racional a un acto irracional.

Me extrañó durante mucho tiempo que en las dos notas que dejó no hubo mención ni de sus hijos ni de mis hermanastros, los hijos de Sofía. El cariño y calidez mostrado a todos nosotros hubiese hecho pensar lo contrario. Toda muerte es una conversación interrumpida y cuando ocurre de manera súbita, quedan demasiadas palabras por decir. Sin embargo, ante la decisión irrevocable de ceder al impulso que puso fin a su vida, no hay palabra escrita satisfactoria para sus sobrevivientes. Solo podemos esperar que haya encontrado su hora de descansar en paz.

La conmovión del país ante su muerte inesperada e inexplicable confundió y diluyó temporalmente su legado intelectual. El auge en la región del nacionalismo socialista entre 1992 y el 2006 semiocultó su obra. Pero tras unos 25 a 30 años de la publicación de su primer libro comenzó a “redescubrirse” a Rangel en artículos, reediciones y referencias académicas. Ahora que se cumplen 50 años de la primera edición su influencia e impacto se perciben con nitidez. Así lo demuestra esta colección de ensayos y autores en *Papel Literario*. Es parte del legado de una persona recordada por leerle poemas vespertinos de Rubén Darío a su hija de diez años en el patio de la casa. Será por eso que el aroma de la flor del naranjo me transporta. ☺

*Carlos J. Rangel es el tercer hijo de Carlos Rangel. Su libro más reciente es *Mitos de nuestra humanidad. Relatos de siempre para hoy* (2025).



NIÑOS RANGEL BARLING / ARCHIVO FAMILIAR

50 AÑOS >> DEL BUEN SALVAJE AL BUEN REVOLUCIONARIO

París, 1976

“El diario de referencia en Francia, *Le Monde*, publicó una excelente reseña definiendo la obra de Rangel, como un libro ‘ambicioso y provocador’, considerándolo fundamentalmente como un ensayo sobre la civilización latinoamericana que debe tomarse en cuenta, y califica a Rangel de socialdemócrata, es decir, un *rara avis*”

ELIZABETH BURGOS

Hace cincuenta años, en París, el 19 de febrero 1976, la Editorial Robert Laffont, publicaba la obra de Carlos Rangel, *Del buen salvaje al buen revolucionario*; obra que ha marcado un paso decisivo en la historia del pensamiento venezolano. Cabe mencionar la valentía del autor desmascarando los vicios de análisis en los que incurren las élites políticas en la América hispana desde las Independencias, inspirados en mitos ajenos a la realidad, y que han conducido al continente hispanoamericano a un estado de fracasos permanentes. La publicación coincide precisamente con el dogma en auge entonces de la lucha armada dictado desde La Habana, alianza de la URSS, decretando la guerra permanente contra el imperialismo americano y la toma del poder mediante la violencia. La versión castrotrista de la historia latinoamericana convertía el continente en colonia del “imperio” borrando el capítulo de las independencias, versión aceptada dócilmente por los sectores, y no solo de izquierda, en América Latina.

Esta conmemoración me trae al recuerdo el hecho casual de la publicación también en París, pero precedido de varias décadas, en 1924, de la novela de Teresa de la Parra, *Ifigenia. Diario de una señorita que escribió porque se fastidiaba*. Los dos libros más destacados del pensamiento venezolano, que han significado un aporte indiscutible a la modernidad del país, se han gestado bajo influencia francesa y han sido editados primero en Francia antes que en Venezuela. Ambos han sido apadrinados por escritores franceses de renombre que también los han prologado. *Ifigenia* fue prologado y publicado bajo el cuidado de Francis de Miomandre, escritor célebre en su época, Premio Goncourt a los 28 años, y traductor del *Quijote* al francés. *Del buen salvaje al buen revolucionario* contó con el apoyo decisivo del célebre filósofo, escritor y periodista Jean-François Revel, quien también escribió el prólogo.

Dos obras que plantean retos interculturales y de interpretación –en *Ifigenia*, desde una novela de una gran modernidad, la autora profundiza en los arquetipos sobre los cuales se sustentaba y regía el mundo femenino de su clase social en la Caracas de los años veinte, donde ya despuntaba la era petrolera con su escuela de modernidad acelerada. La obra tuvo repercusión internacional.

En *Del buen salvaje al buen revolucionario*, desde el género del ensayo, Carlos Rangel construye con profundidad y mucha erudición los mitos creados por el imaginario europeo sobre el Nuevo Mundo que inspiraron luego a los hispanoamericanos para la creación de “una fábrica de mitología compensatoria” que daría la siguiente ecuación: “hija del buen salvaje, esposa del buen revolucionario, madre predestinada del hombre nuevo”. El mito mayor que ha gobernado y gobierna la conducta política es el de considerar que los males que atañen a Hispanoamérica provienen del exterior y tienen un culpable: Estados Unidos. El autor considera que esos mitos se vuelven obstáculos mentales, impidiendo a las élites intelectuales y políticas asumir racionalmente los retos que implica conducir un país a la modernidad política e institucional. Si somos pobres es porque ellos, los norteamericanos, son ricos. El fracaso como países se debe entonces a causas externas.

El origen de *Dbsbr* y su publicación en Francia, parece haber obedecido a la presencia en Caracas del dinámico Jean-François Revel donde acudió invitado a una conferencia sobre el pensamiento liberal y a ser entrevistado en el programa *Buenos Días*, que dirigía Carlos Rangel junto a Sofía Ímber. Traban amistad. Comparten ideas liberales. Rangel le comenta acerca de un proyecto de libro suyo. Surge la complicidad. Rangel le da copia de unos ensayos destinados a un libro sobre el poder político en la región. Luego J.-F. Revel le escribe desde París, entonces profundamente inmerso en el debate político que sacudía a Francia entre las diferentes tendencias marxistas rivales. Ese debate de los años setenta, al contrario de muchos anteriores, conduciría al fin de la hegemonía del marxismo como el pensamiento que regía

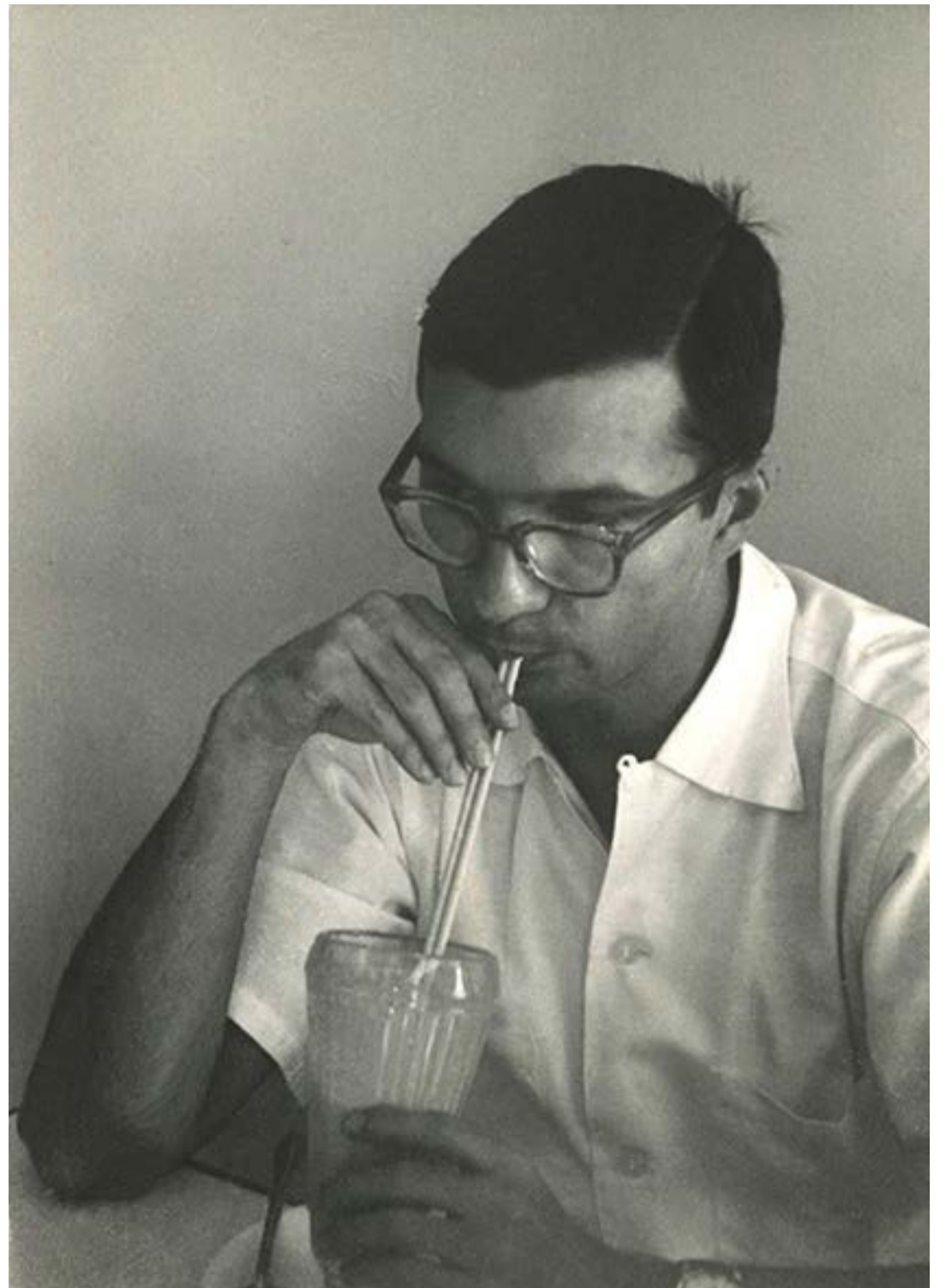
en Francia. J.-F. Revel percibió que el momento era propicio para dar a conocer una voz liberal proveniente de América Latina, que desvelara el mito engañoso de un continente sin historia, víctima del imperialismo estadounidense. Revel insta a Rangel, de priorizar la escritura *Dbsbr*; el libro sobre el tercermundismo vendría después, y le envía dos contratos de la Editora Laffont. Así es como se incorpora el nombre de un autor venezolano, y tal vez el único latinoamericano, al debate ideológico francés que a mediados de los años setenta enfrentaba entre sí a las élites intelectuales francesas lidiando con la realidad de teorías aprendidas en bibliotecas, repentinamente reveladas en su versión real, y que no habían querido ver pese a las múltiples pruebas narradas por múltiples viajeros de regreso de Moscú. Así se ponía término a la ilusión del paraíso en la tierra. Ya no había disimulo posible.

La publicación del *Archipiélago Gulag*, una obra de “investigación literaria”, como la calificó su propio autor, Alexandr Solzhenitsin, narrando la experiencia de 230 testimonios de prisioneros del Gulag, incluyendo la del propio autor, conmocionó la opinión pública francesa; La Revolución Cultural china, que tanta ilusión suscitó en el seno de las élites más exquisitas de la “república de las letras” parisinas, cobró la vida de varios millones de seres; y los dos millones o más por los Jemeres rojos en Camboya que tanto empeño puso en negarlos *Le Monde*, el diario de referencia, fueron hitos marcando el fin de la religión inspirada por el marxismo. Solo Cuba salió invicta de semejante cataclismo. Su condición de víctima del imperio la protegía.

El título del libro, *Del buen salvaje al buen revolucionario*, irónico y provocador, anunciaba de antemano su entrada al tempestuoso debate de ideas que se libraba en París. No era un fenómeno reciente, todo se había venido gestando cuando las élites intelectuales francesas, decepcionadas por la tibieza de la política internacional del PCF y de su obediencia a Moscú, (la orden era entonces la de la violencia y de la lucha armada “Crear dos, tres, muchos Vietnam”; solo en Italia y Alemania fue acatado el llamado) tras la fractura sino-soviética, se adhirieran entusiasmadas al radicalismo que prometía el maoísmo de la Revolución Cultural que suponían enfrentaría Pekín a Moscú y a Washington; no imaginaron que sería el propio pueblo chino la víctima. La publicación del *Archipiélago Gulag* (1974) de Alexandr Solzhenitsin generó también debates muy intensos; un sector de la élite intelectual marxista se situó de su lado, a la otra poco le importó las denuncias del Gulag y de la terrible represión consignada en la obra por testigos y víctimas; amparándose en la fidelidad al progresismo emancipador, rechazaron a un autor ruso conservador, creyente en la religión y nacionalista.

Será el prologuista quien servirá de detonante y le dará entrada al venezolano en el debate parisino de las ideas. J.-F. Revel, filósofo, escritor, mediático polemista, opuesto al comunismo, admirador de la libre empresa, y de Estados Unidos, sarcástico, incisivo y quien, junto a Raymond Aron, osaba enfrentarse al autoritarismo ejercido por Jean-Paul Sartre, que, sin ser militante del PCF, defendía con pasión la ideología comunista y ejercía un control ideológico sobre las élites, que negaba cabida a todo aquel que se atreviera a criticar la URSS.

La intensidad del cuestionamiento al régimen soviético y a su naturaleza totalitaria, irremediadamente no dejaba otra opción que el cuestionamiento de la propia teoría marxista. Surge el grupo denominado “los nuevos filósofos”, emanación de la izquierda que se había adherido al maoísmo y quienes por fin se habían dado cuenta del carácter totalitario del comunismo, en particular el de la Revolución Cultural china, el más sanguinario de todos cuantos se habían intentado. Se destaca entre el grupo de jóvenes filósofos, André Glucksmann quien emprende una intensa campaña de denuncia del marxismo; y una reflexión sobre el totalitarismo y establece un paralelo entre el nazismo y el comunismo. Persiste sin embargo una tendencia muy minoritaria del maoísmo que considera a la democracia como un instrumento



CARLOS RANGEL APURA UNA MERENGADA / ARCHIVO FAMILIAR

de propaganda del capitalismo. Entre 1975-1976, las editoras les abren las puertas a los nuevos filósofos que publican sin tregua y sobrepasan a los filósofos consagrados. *Dbsbr* coincide con la indocilidad ideológica de los nuevos filósofos, renuentes a utopías.

De repente, tras la intensidad de la crítica a la que fue sometido el marxismo, Michel Foucault constata que se han quedado despojados, sin posibilidad de utopía, que ahora “el regreso de la revolución es el problema”, “es el deseo mismo de revolución que es hoy el problema”, repetía Foucault. ¿Qué queda entonces como posibilidad de creencia? ¿En qué o en quién proyectar los deseos de revolución? La intuición certera de Raymond Aron lo predijo: siempre les que-

da el tercer mundo o la defensa de los países desafortunados. Es cuando interviene la lucidez de Carlos Rangel que cuestiona esa posibilidad desmitificando la noción de tercer mundo sin asidero histórico ni geográfico. El diario de referencia en Francia, *Le Monde*, publicó una excelente reseña definiendo la obra de Rangel, como un libro “ambicioso y provocador”, considerándolo fundamentalmente como un ensayo sobre la civilización latinoamericana que debe tomarse en cuenta, y califica a Rangel de socialdemócrata, es decir, un *rara avis*, un intelectual latinoamericano fuera de los parámetros de la fidelidad al dogma de la lucha armada.

Pero el año 1976 no fue solo el de la publicación de un brillante ensayo, pronto la actualidad de los hechos nos remitió a la realidad de los mitos estudiados por Rangel.

El 24 de marzo un golpe de Estado sacude la Argentina. Peronismo de izquierda contra peronismo de derechas, la concurrencia por el poder se solventa por la violencia. El mito del militarismo y de civiles autograduados de estrategias militares, envuelve a la Argentina en una orgía de asesinatos, de torturas, de desaparecidos.

El 11 de mayo del mismo año, el general Joaquín Zenteno Anaya, embajador de Bolivia en Francia, es asesinado en París. El atentado fue reivindicado por la “Brigada internacional Che Guevara”. El general Zenteno fue, con el grado de coronel, comandante de la VIII División durante las operaciones militares contra la guerrilla comandada por Ernesto Guevara.

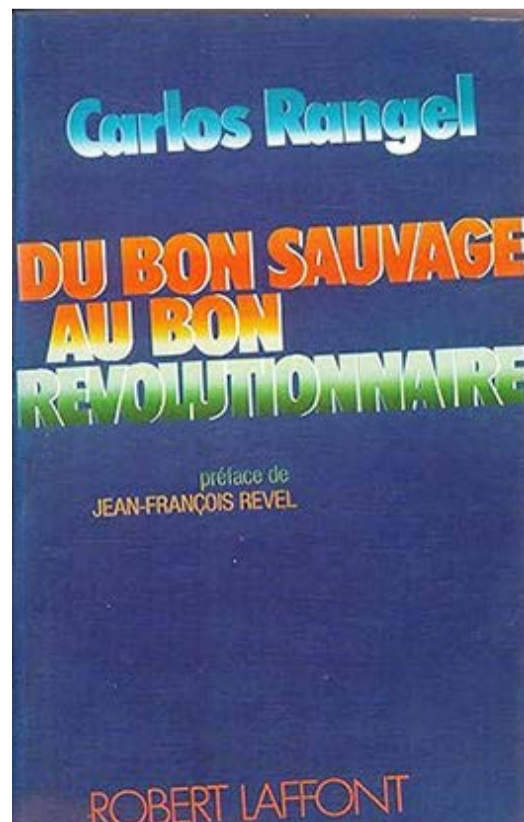
Pese al tiempo transcurrido, *Dbsbr* continúa siendo un ensayo indispensable que aporta de manera global la interpretación del pensamiento de América Latina corrigiendo las versiones falsas o complacientes. Los análisis de los diversos arquetipos, en particular los mitos evocados por Carlos Rangel aún perviven por lo que la obra, hoy más que nunca, sigue siendo un instrumento de gran utilidad para la comprensión de la imagen que una sociedad tiene de sí misma, que muchas veces no concuerda con la realidad, como bien lo recalca el propio autor.

Merecería una nueva edición en español, acompañada de un estudio crítico que actualice ciertos datos, en particular, de orden histórico. Sería útil también agregarle a la edición en castellano el índice de nombres que aparece en la edición francesa.

Agradecimientos a Carlos Rangel por habernos legado la riqueza de tan nutrido conocimiento. ●

*Elizabeth Burgos es historiadora, antropóloga y escritora. Autora de *Me llamo Rigoberta Manchú y así me nació la conciencia* (Premio Casa de las Américas, 1983).

“
El autor considera que esos mitos se vuelven obstáculos mentales”



50 AÑOS >> DEL BUEN SALVAJE AL BUEN REVOLUCIONARIO

Herejías, ortodoxias y dogmas: la visión medular de Carlos Rangel

“Desde esa perspectiva, la pobreza es pureza, es la defensa del ‘buen salvaje’ de la degeneración del mundo, el certificado de santidad sobre el que vela, paternal, el ‘buen revolucionario’, dispuesto en su nombre a morir y matar. El bienestar es, por el contrario, el demonio tentador que amenaza el alma del ‘pueblo’”



CARLOS RANGEL EN LONDRES / ARCHIVO FAMILIAR

LORIS ZANATTA

Un hereje contra el conformismo revolucionario

Hay libros que envejecen mal. Pasada su época, no nos dicen nada. Otros libros, en cambio, mejoran con el tiempo. Depurados de los pasajes circunstanciales, dejan un regusto potente, como un *gran cru*. Medio siglo después, eso es lo que ocurre con esta obra de Carlos Rangel, *Del buen salvaje al buen revolucionario*. Un clásico. Cuando salió, en 1976, fue un temerario golpe de remo contra la corriente, un grito contra los dogmas de la época. Por eso causó escándalo. Es lo que le pasa a quien toca nervios al descubierto y pone el dedo en la llaga.

En los años setenta, defender la democracia liberal, señalar a Estados Unidos como modelo institucional y alabar las virtudes de la economía de mercado era una herejía. La primera era “burguesa”, los segundos “el Imperio” y la tercera “explotación”. En Venezuela, como en el resto de la región, los círculos culturales y académicos estaban impregnados de conformismo revolucionario. Se presentaban como “contrahegemónicos”, pero eran dominantes. Quien desafinaba en ese coro era precisamente Rangel, una voz aislada.

Aislada pero irónica: “Ser revolucionario en una universidad latinoamericana es tan herético como ser católico en un seminario irlandés”. Tras treinta años enseñando historia de América Latina, creo intuir ese sentimiento de impotencia: el mito revolucionario se renueva cada año. ¿Por qué no? “La revolución es como una religión”, decía Fidel Castro. Y la religión, explicaba, “es repetición”. Es decir, rito, liturgia, doctrina. La religión de la revolución conserva su comunidad de creyentes, la fe se transmite de generación en generación.

Hurgando el gran mito de la inocencia y el redentor

Rangel lo veía claro. La trayectoria histórica de América Latina, señaló, es “un fracaso”. ¿Cómo contradecirlo? En 1976, la región era un cementerio, se retorció bajo el yugo de los militares, se debatía entre cruzadas ideológicas. *Boom* demográfico, urbanización descontrolada, industrialización caótica, desigualdades abismales: un volcán. Y llovían las utopías: con la metralleta en una mano, los revolucionarios agitaban la cruz en la otra, aspiraban al Reino de Dios, tal como ellos lo entendían. La democracia y el estado de derecho no

le importaban a nadie: eran productos occidentales, del Occidente cuyos pecados querían expiar.

Desde entonces el código genético del “buen revolucionario” no deja de reproducirse. Venezuela ha sufrido una sobredosis, muchos otros también. He aquí el populismo más desenfrenado invocando la noble “cultura del pueblo”, la demagogia más vulgar revestirse de antídoto contra la “tiranía economicista”, la pobreza más humillante erigirse en virtud cristiana del “buen salvaje”, materia prima del “redentor” de turno. Más: la autarquía llamándose “identidad”, el nacionalismo “resistencia”, el autoritarismo “democracia popular”. Y la inevitable narrativa victimista, el inmortal chivo expiatorio externo, la complacencia exhibición de superioridad espiritual para enmascarar el desastre material, el desierto institucional, la corrupción moral.

De todo ello, Rangel intuyó el origen. El mismo Colón pensó de haber descubierto el paraíso terrenal. El sueño de lograr en América el “estado de naturaleza” inspiró la cristiandad moldeada por Reyes Católicos y misioneros. Mientras la Reforma protestante la fracturaba en el continente europeo, al otro lado del Atlántico les pareció posible erigir la ciudad de Dios. Sin cismas ni herejías, pero tampoco tolerancia religiosa y pluralismo confesional. En el Nuevo Mundo se impuso la fusión de fe y política, Estado e Iglesia, fiel y ciudadano quebrantada en el Viejo. Así se fue arraigando un orden unánimista por principio y holístico por concepción: un rey, una fe, un pueblo. Un orden donde el todo se imponía a las partes, el cuerpo social al individuo, el “pueblo” al ciudadano; una sociedad de castas donde era pecado “vivir por la libre” y todos eran “algo de algo”: familia, comunidad, parroquia, cada uno con su “fuero”, cada uno con su lugar según el plan de Dios.

En medio de ese monismo político y conformismo religioso, no fue fácil que naciera el individuo moderno pregonado por la Ilustración; que madurara el ciudadano republicano orientado al autogobierno. Costó mucho que arraigara la semilla de la competencia entre ideas crecidas en Europa entre las grietas de la cristiandad fragmentada; que la revolución científica sacudiera los dogmas de la fe y la movilidad social socavara la estaticidad del “orden cristiano”.

Ante todo esto, la coraza de la cristiandad opuso una tenaz resistencia

en la América hispánica. Y junto con la resistencia, el mito: el mito de una edad de oro perdida a causa del “contagio” de la modernidad, del “buen salvaje” descarrado por la tentación importada de afuera. El mito, en resumen, del pueblo puro amenazado por una élite corrupta, el esquema maniqueo de los populismos, el repertorio de los “buenos revolucionarios”. Para ellos, el “pueblo” es el eterno menor imbuido de “cultura mítica”, asediado por el Occidente impregnado de “cultura lógica”.

Entrando por esa puerta, Rangel encará la patológica relación de la región con Estados Unidos. Un tabú. Observó que sus éxitos son fuentes de humillación en América Latina. Una humillación que el nacionalismo traduce en venganza estéril, en lugar de convertirla en oportunidad de aprendizaje. A pesar de que no han faltado grandes próceres que sugirieron hacerlo. Siguiendo sus pasos, desmontó la pueril teoría de que la pobreza latinoamericana es debida a la riqueza norteamericana. El fruto de la culpa, en fin, la prueba de la opresión, el traje perfecto de la eterna víctima, de quien nunca es responsable de su destino. Y lo hizo citando a Engels, un escándalo en ese mundo donde Gunder Frank era la Biblia y Débray la vulgata. Golpeaba así el corazón del relato revolucionario, la filosofía de la historia cristiana y marxista que, invocando “el plan de Dios” o “las leyes de la historia”, asigna a la revolución el fin providencial de expiar el pecado capitalista y conducir a la humanidad a la salvación.

Un relato que traslada al plano secular el espíritu escatológico de una parábola bíblica: en la Génesis, el pueblo inocente vivía en armonía en el Edén, donde el “buen salvaje” no conocía el pecado. Tal era el pasado mítico del pueblo latinoamericano, el de la evangelización, del “comunismo incaico”, de la Pachamama. Pero el pecado original lo arrojó a la historia y la historia contaminó su pureza, violó su inocencia, le inoculó el desencanto. Por mano del liberalismo y del capitalismo. Hasta cuando el Mesías, el “buen revolucionario”, anunció el día del juicio y liberó el “pueblo elegido” de la esclavitud, conduciéndolo a la tierra prometida.

De ahí dos de las observaciones más agudas de Rangel. La primera sobre el culto a lo autóctono, la obsesión por el “telurismo”, el culto a la identidad, convertida en prisión conformista, en dogma unánimista. Y la celebración de la pobreza, “el buen vivir”,

el desprecio por el progreso, el “vivir mejor”. En el orden de castas de la monarquía católica, señaló, el estatus no dependía del trabajo, sino de la posición ocupada en el orden conforme a la voluntad de Dios. La innovación técnica y el libre comercio perturbaban la armonía de ese orden estático. Un orden que mata en la cuna la planta burguesa, cuyos frutos escasean en la historia latinoamericana.

Frente a las revoluciones surgidas en el ámbito protestante –científica, constitucional, industrial– la revolución latinoamericana no se proyecta en el futuro que ellas están forjando, sino en el pasado. Cultiva una utopía regresiva, una insaciable nostalgia de “pueblos” y lugares de un pasado ajeno al cambio: el oriente en Cuba, el interior en Argentina y Venezuela, la pureza mitificada del indígena. El buen salvaje y el buen revolucionario siempre van de la mano. Rangel lo había visto bien: la “raza cósmica” no era más que la trasposición al plano étnico del finalismo marxista, del espíritu mesiánico de la cristiandad. Opuesta a lo cosmopolito y al universalismo de la Ilustración, tal utopía es identitaria y nacionalista. Quienes, en Europa, observan la “deriva reaccionaria” de la izquierda desde que imita a la de América Latina, deberían reconocer su deuda con Rangel.

Desde esa perspectiva, la pobreza es pureza, es la defensa del “buen salvaje” de la degeneración del mundo, el certificado de santidad sobre el que vela, paternal, el “buen revolucionario”, dispuesto en su nombre a morir y matar. El bienestar es, por el contrario, el demonio tentador que amenaza el alma del “pueblo”. No es casualidad que todos los revolucionarios hayan terminado tarde o temprano por celebrar la pobreza evangélica, que se hayan dedicado a la destrucción de la riqueza más que a la erradicación de la pobreza.

La segunda observación de Rangel se resume en un pasaje: el catolicismo es “el cerebro y la columna vertebral” de la historia latinoamericana; nada como él determina lo que esta es o no es. Debería ser obvio, pero no lo era cuando se publicó el libro, ni lo es hoy. El historicismo marxista interiorizó tanto el providencialismo cristiano que termina por perder la noción de sus propias raíces. De ahí la inundación de historias de clases, estructuras, “leyes objetivas” de la historia.

El paraíso revolucionario

¿Cómo pensar, en ese clima cultural, en el catolicismo, en la superestruc-

tura de ritos y creencias que implica? Por eso fue el gran ausente de las ciencias sociales, el convidado de piedra del debate intelectual. A lo sumo resonaba la invocación del “diálogo entre católicos y marxistas”. Nunca hubo fórmula más miope: los cristianos convertidos en marxistas cristianizaron el marxismo latinoamericano, lo depuraron de ese toque de iluminismo que todavía le quedaba. Obvio: si la tierra prometida está en el pasado y en el pasado está la cristiandad hispánica, ese será el embudo de todas las utopías redentoras; revolución es a final de cuentas el sinónimo secular de redención.

El sueño revolucionario, en resumen, puede adoptar diversas formas, pero en todas se traslucen los rasgos unánimistas y corporativos de la cristiandad colonial, el mismo rechazo a la democracia liberal, a los derechos individuales y a la economía mercantil. Es lo que Rangel entendió al señalar su modelo en las reducciones jesuíticas de Paraguay: una ciudad de Dios donde la armonía es obligatoria, la unidad un deber, la identidad unívoca, la fe ley, los indígenas “buenos salvajes”. A las ordenes de una casta de sacerdotes guerreros que los moldean y adoctrinan, los guaraníes son el “hombre nuevo” predicado por San Pablo y soñado por el Che Guevara, un hombre antiguo, el más cercano a la creación. El revolucionario jesuita, o el jesuita revolucionario, se sacude así “inculturándose” el estigma colonial. Pero es un artificio dialéctico: la organización religiosa que el misionero levanta entre los guaraníes no es menos “importada” que las ideas ilustradas.

La cristiandad “salvaje” restaurada por el “revolucionario” es una comunidad de fe guiada por un rey-sacerdote, un monarca llamado presidente cuyo poder no se mide por el consenso, sino por la devoción, una divinidad terrenal cuyo “pueblo” parcial se eleva a único “verdadero” pueblo. Poco importa el nombre de esa fe: bolivarianismo, justicialismo, castrismo. Importa que el Estado catequice al “pueblo” y expulse al “marrano”, que restablezca la “limpieza de sangre”, llamada ortodoxia revolucionaria. Su fiel estamento sacerdotal, el clero de antaño, son hoy los militantes de partido y los funcionarios del gobierno, seleccionados por lealtad más que por capacidad.

Pero así como el “buen salvaje” no recuperará la inocencia perdida, una inocencia imaginaria, del mismo modo el “buen revolucionario” nunca encontrará paz en su revolución, siempre acosada por nuevos herejes. Es el destino de las utopías religiosas. Lo que ellas combaten es la historia, el mundo, la vida. No aceptan su imperfección y caducidad, la madera torcida de que estamos formados. Le oponen un sueño de armonía absoluta que las obliga a la “revolución permanente”, a reinventar infinitamente el mito del “buen salvaje”.

No estoy seguro de que, como escribe Rangel, el “fracaso” latinoamericano sea atribuible a las crónicas tendencias egoístas e individualistas de los latinoamericanos. Sospecho que se deba más bien a la persistencia del espíritu tribal y corporativo que inhibe el universalismo de la ley y la ciudadanía, el cosmopolitismo y la laicidad; que sea atribuible a la nostalgia de la Ciudad de Dios que alimenta siempre nuevas utopías políticas, una coartada que obstaculiza la laboriosa y gradual construcción de la ciudad de los hombres. Sin embargo, una cosa es segura: en ese tipo de mundo, los espíritus libres y liberales como Rangel suelen ser “exiliados morales”. ☉

*Loris Zanatta es profesor de Historia de América Latina, Universidad de Bologna, Italia.

50 AÑOS >> DEL BUEN SALVAJE AL BUEN REVOLUCIONARIO

El buen revolucionario ataca Estados Unidos

"La obra de Rangel es hoy más urgente que cuando se publicó en 1976, porque el lugar donde la libertad parecía descansar asegurada se encuentra ahora en peligro de ser destruido por el mismo tipo de mentalidad que convirtió a América Latina en tierra fértil para las revoluciones"

AXEL KAISER

Probablemente no exista un mejor ensayo para entender la realidad política e ideológica de América Latina que la obra *Del buen salvaje al buen revolucionario* de Carlos Rangel.

Cuando Rangel escribió su libro, el marxismo-leninismo representaba una amenaza real no solo en la región, sino en todo el mundo, impulsada por la Unión Soviética y sus aliados del tercer mundo. En ese contexto, el autor se pregunta por los orígenes de la irrefrenable inclinación latinoamericana hacia el socialismo revolucionario, una tendencia que, tras la caída del Muro de Berlín, encontraría continuidad en el trabajo del Foro de São Paulo.

América Latina, explicó Rangel, ha-



CARLOS RANGEL EN LA REVISTA MOMENTO / ARCHIVO FAMILIAR

caído embrujada por el evangelio de Marx y Engels. Sin embargo, esto no debía sorprender, pues desde sus orígenes su mitología fundacional había sido la fantasía del buen salvaje. Se trata de la idea según la cual nuestra región era una especie de paraíso perdido, un lugar donde el ser humano vivía libre de pecado, envidia, odio, afán de dominar y, por

supuesto, libre de propiedad privada; esta última, según Rousseau –uno de los principales difusores de este mito–, era el origen de casi todos los males de la sociedad.

Occidente habría llegado entonces a contaminar esta tierra habitada por seres puros y bondadosos. Por tanto, el rechazo a todo lo occidental –especialmente a potencias como Estados Uni-

dos, con su capitalismo y su supuesto materialismo– se instaló desde el principio como parte de una cultura que aspira a rescatar su pureza corrompida.

No era extraño, sugirió Rangel, que hubiera una recepción tan entusiasta de las ideas marxistas, las cuales buscaban precisamente demoler los pilares de la civilización occidental. En nuestra región, estas ideas sirvieron de vector para que todas las fuerzas inspiradas en el mito del buen salvaje –incluidos sectores importantes de la Iglesia católica– se sumaran a la causa común de restaurar el paraíso mediante la revolución.

Rangel contrasta esta visión con la realidad norteamericana y su firme creencia lockeana en la propiedad privada, así como con su mito fundacional: la igualdad moral. A diferencia de América Latina, Estados Unidos no adoptó como idea fundacional el que Occidente era una fuerza corruptora, sino más bien una fuerza necesaria para elevar al ser humano en lo espiritual, cultural y económico.

En otras palabras, los estadounidenses no creyeron que su nación se originara en la opresión y explotación de seres puros e inocentes a manos de bancos europeos abusivos. O, mejor dicho, no lo creyeron durante mucho tiempo. Porque la degeneración intelectual y moral a la que conduce el mito del buen salvaje se ha apoderado hoy de gran parte de la élite académica, del Partido Demócrata y de instancias culturales como Hollywood.

En esos círculos, la idea neomarxista de que el hombre blanco es un corruptor y opresor por naturaleza ha avanzado, cuestionando los fundamentos mismos del proyecto americano. El tratamiento de los nativos y de los negros como grupos casi angelicales explotados y maltratados por el hombre blanco ha dado lugar a que la llamada cultura del "wokismo" se presente como un intento de rescatar a los buenos salvajes a través de buenos revolucio-

narios que buscan subvertir, no solo el orden económico, sino todo el orden cultural de Estados Unidos.

La obra de Rangel es hoy más urgente que cuando se publicó en 1976 porque el lugar donde la libertad parecía descansar asegurada se encuentra ahora en peligro de ser destruido por el mismo tipo de mentalidad que convirtió a América Latina en tierra fértil para las revoluciones.

Se trata del reemplazo del mito fundacional de Estados Unidos –la igualdad moral consagrada en la Declaración de Independencia– por el del buen salvaje, que carga de culpa autodestructiva a quienes tienen la responsabilidad de mantener la civilización. Así las cosas, el utopismo de un supuesto pasado dorado, libre de opresión y pecado, al cual se puede regresar mediante la violencia o el progresivo dismantelamiento de las instituciones y valores que hicieron de Estados Unidos la nación más formidable de la historia, ya no está confinado a los límites de Hispanoamérica.

En otras palabras, el buen salvaje se ha abalanzado sobre Norteamérica, invitado, como de costumbre, por intelectuales socialistas que buscan recrear el orden social desde cero. El tiempo dirá si las defensas morales y culturales de ese país son suficientes para revertir el asedio del buen revolucionario, o si este terminará llevando al fin del experimento americano.

Por ahora, lo que sabemos es que la obra de Carlos Rangel no solo ha sido decisiva para que los liberales y demócratas de América Latina entendamos mejor la naturaleza de la amenaza que enfrenta la libertad en nuestra región, sino que sus lecciones se han vuelto ineludibles también para Estados Unidos si desea evitar un destino tan trágico como el nuestro.

*Axel Kaiser: senior research fellow, Adam Smith Center, Florida International University.

50 años después...

"Conversamos largamente, mi padre y yo, sobre *Del buen salvaje al buen revolucionario*. Su opinión del libro seguía siendo magnífica, pero no estaba exenta de un cierto tono agrídulce, diría incluso melancólico"

ÁLVARO VARGAS LLOSA

Mientras escribía *La llamada de la tribu*, su autobiografía ideológica concebida como una serie de ensayos biográficos y analíticos sobre los pensadores que más contribuyeron a formar su pensamiento liberal, mi padre releyó *Del buen salvaje al buen revolucionario*. Lo había leído muchos años antes y quería comprobar su vigencia tanto tiempo después, en un contexto muy distinto al de su escritura, además de dialogar íntimamente con Carlos Rangel, ya que estaba por aquellos días, en el otoño de su vida, haciendo un repaso exhaustivo de autores con los que tenía afinidades de pensamiento y visión. No había entre los autores seleccionados en su galería personal de liberales a los que estaba dedicando sendos capítulos de *La llamada de la tribu* ningún latinoamericano, razón por la cual la relectura del célebre texto del pensador venezolano resultaba conveniente y oportuna. Era una forma de incorporar a América Latina, bajo la óptica de un autor al que inspiraron también varios de los pensadores que habían "educado" a mi padre en las ideas de la libertad, a sus reflexiones sobre el destino de las sociedades y los países según se acercan o alejan de los principios esenciales del liberalismo.

Conversamos largamente, mi padre y yo, sobre *Del buen salvaje al buen revolucionario*. Su opinión del libro seguía

siendo magnífica, pero no estaba exenta de un cierto tono agrídulce, diría incluso melancólico, porque era evidente que, a pesar de que la realidad había convalidado una y otra vez las ideas de Rangel sobre esa zona periférica de Occidente que llamamos América Latina, él sabía que moriría sin haber visto, salvo excepciones pasajeras, ese punto de inflexión, ese salto cultural e institucional, que permitiera esperar de la región el pleno desarrollo en un horizonte de tiempo razonable. Los mitos que habían embrujado ideológicamente a los latinoamericanos seguían allí, a pesar de tantos fracasos comprobados y de tantos ejemplos de éxito de países que en otras partes del mundo habían actuado a contrapelo de ellos. Esto daba al texto de Rangel una cualidad doble de índole contradictoria. De un lado, lo convertía, o más bien lo confirmaba, como un texto excepcional, en el sentido literal del término, y de otro lo colocaba, junto con algunos textos de otros autores "excepcionales", como Octavio Paz, por ejemplo, dentro de esa reserva moral de escritos latinoamericanos cuyas enseñanzas no se habían traducido en el progreso de sus pueblos. No se trataba de una derrota definitiva, por supuesto, pues la historia con mayúsculas no está escrita y siempre cabe la posibilidad de que las buenas ideas –los conceptos de democracia liberal, Estado de derecho, propiedad privada, libertad individual, libre co-



MARIO VARGAS LLOSA, SOFÍA ÍMBER Y CARLOS RANGEL / ARCHIVO FAMILIAR

mercio, libre empresa– arraiguen en nuestras tierras de manera sostenida y amplia, pero mi padre ya sabía que no le tocaría ver ese momento. "A mí tampoco", le respondí yo, a pesar de la diferencia de edad (él era treinta años mayor que yo), con cierta resignación.

Pero ese no era un demérito del clásico de Rangel, por supuesto, sino la confirmación de su excepcionalidad. La importancia de un texto es mayor cuanto más excepcional resulte. Significa que, mientras siga vivo, mientras se reedite y las sucesivas generaciones lo lean, estará siempre allí, gracias a ese y algunos otros textos esclarecedores, la posibilidad de enmendar el rumbo. ¿Qué rumbo? El que ha llevado a una América Latina en la que, al momento de escribirse estas líneas, los dos países de más peso demográfico y económico de la región están en manos de variantes del mercantilismo, el estatismo y el populismo, mientras que otros, como Venezuela, no terminan de sacudirse la herencia de esa forma de barbarie que bajo el nombre de "chavismo" han padecido durante un cuarto de siglo, para no hablar de la supervivencia de la Revolución cubana, que es algo así como el laboratorio

de todos los males latinoamericanos, o la deriva populista y semi revolucionaria de Colombia, un país donde parecía imposible que sucediera lo que ha sucedido en años recientes, o la opción de algunos centroamericanos por reeditar la receta del fracaso, y en un caso particular, por una dictadura esotérica en la que la brujería juega un papel determinante.

América Latina ha vivido atrapada entre dos fuerzas igualmente poderosas: el mito y la utopía. El mito de un pasado que nunca existió y que inventamos con ayuda de europeos y estadounidenses, pero que sirvió para justificar el alejamiento con respecto a los principios liberales, y la utopía de un futuro que no es posible sino en la imaginación afiebrada y violenta de quienes quieren forzar la realidad, someterla a sus caprichos y egocentrismos megalómanos. Ambas cosas, el mito y la utopía, tienen una antigua raigambre que puede rastrearse tan lejos como la Hélade, pero por alguna razón, a medida que Europa transitaba hacia la era moderna tras pasar por el medioevo y el Renacimiento, esas dos caras de la ficción social se alejaron de la vida política, pero se trasladaron al Nuevo

Mundo, donde pasaron a constituir su fundamento.

El libro de Rangel explica las raíces y las consecuencias de ello de admirable manera, y distribuye las responsabilidades con un sentido certero de las culpas. Por ello mismo, su valor es profiláctico: realiza una tarea de higiene mental que consiste en limpiar nuestro magín de las mentiras que nos han llevado a fracasar con denuedo a lo largo de dos siglos de vida republicana, protegiéndolo así de las malas influencias y abriendo el camino para las de signo contrario. Su vigencia es tanto mayor hoy cuanto más grande es la confusión que nos ha llevado a optar, en muchos casos, por populismos, nacionalismos y autoritarismos de derecha que no representan, a pesar de las apariencias, una contradicción de las izquierdas antediluvianas sino su espejo y su remedo.

Los liberales tenemos, por ello, una doble labor intelectual en estos tiempos de extremismos y desviaciones: seguir desmontando los mitos y utopías de la izquierda, pero recordarles a nuestros pueblos que las respuestas identitarias y tribales de signo contrario no conducen a la libertad y por tanto a la prosperidad, sino a nuevas formas de subdesarrollo. Y tarde o temprano, por la ley del péndulo, al retorno de los mitos y utopías que *Del buen salvaje al buen revolucionario* combatió a mediados de los años 70, y combate todavía, con tanta lucidez, valentía e integridad intelectual.

Afortunadamente existen suficientes latinoamericanos conscientes de la necesidad de mantener vigentes las lecciones que Rangel nos legó (y prueba de ello es precisamente el homenaje del que este breve texto forma parte) como para que sigamos abrigando la esperanza de que una masa crítica de ciudadanas y ciudadanos, conducidos por una generación de líderes despojados de la herencia ideológica del tercermundismo, coloque por fin a América Latina en el pelotón de avanzada de la humanidad. ●

"Su obra partía de una constatación elemental y, por eso mismo, subversiva: América Latina se ha contado a sí misma una historia que la exonera. Primero fuimos el 'buen salvaje', corrompido por fuerzas externas; luego el 'buen revolucionario', destinado a redimirlo todo mediante la épica y la voluntad"

MARCEL GRANIER

No escribo estas líneas movido por la melancolía, ni por el afán conmemorativo que suele convertir las ideas en símbolos decorativos o consignas inofensivas. Escribo porque, cincuenta años después de que Carlos Rangel publicara *Del buen salvaje al buen revolucionario*, el país persiste en las mismas trampas intelectuales que él se empeñó en desmontar con una lucidez poco común. Cuando un diagnóstico conserva su vigencia durante medio siglo, deja de ser una curiosidad académica y pasa a ser una advertencia desoída.

Conocí a Carlos Rangel no solo como pensador, sino como interlocutor exigente. Fue, junto con Sofía Ímber, uno de quienes más me estimularon a emprender *Primer Plano*. No porque buscara adeptos ni discípulos,

50 AÑOS >> DEL BUEN SALVAJE AL BUEN REVOLUCIONARIO

El desafío de la madurez



JIMMY CARTER, SOFÍA ÍMBER Y CARLOS RANGEL / PROGRAMA BUENOS DÍAS

sino porque creía que la discusión pública debía elevarse, incomodar, romper la cómoda pereza de las explicaciones fáciles. Carlos no hablaba para tranquilizar conciencias; hablaba para despertarlas.

Su obra partía de una constatación elemental y, por eso mismo, subversiva: América Latina se ha contado a sí misma una historia que la exonera. Primero fuimos el "buen salvaje", corrompido por fuerzas externas; luego el "buen revolucionario", destinado a redimirlo todo mediante la épica y la voluntad. En ambos relatos hay una constante: la negación de la responsabilidad propia. Carlos entendió que ese desplazamiento de la culpa hacia el imperio, el capitalismo, la historia, el "otro" no era inocente. Era el cimientado ideológico de un fracaso recurrente.

Muchos le reprocharon su dureza.

Yo diría, más bien, que fue severo porque tomó en serio a su país. Porque asumió que Venezuela y América Latina no eran menores de edad, incapaces de sostener una conversación adulta sobre poder, libertad e instituciones. Y esa es, quizás, la razón por la cual sus ideas siguen resultando incómodas: porque no ofrecen consuelo, sino exigencia.

Carlos advertía sobre la fascinación con el Estado omnipotente, ese Estado que promete resolverlo todo y termina absorbiéndolo todo. No lo hacía desde una abstracción ideológica, sino desde una comprensión profunda de cómo operan las sociedades cuando confunden protección con tutela y justicia con concentración de poder. La omnipotencia del Estado no surge siempre de una conspiración, sino de una suma de concesiones hechas en nombre de causas nobles. El resulta-

do, sin embargo, es predecible: menos libertad, menos pluralismo, menos ciudadano.

Cincuenta años después, ese análisis no ha perdido filo. Por el contrario, parece haber ganado confirmaciones. El "buen revolucionario" reaparece con distintos disfraces, pero con la misma lógica: promete redención total a cambio de obediencia; exige fe en lugar de controles; sustituye instituciones por lealtades. Y cuando el poder se justifica como moralmente superior, cualquier límite se vuelve sospechoso.

Carlos Rangel defendió algo que hoy suena casi provocador: la normalidad democrática. El imperio de la ley, la alternancia, la crítica, la libertad de expresión, la desconfianza saludable frente a los redentores. No porque fueran ideales románticos, sino porque son las únicas herramientas

comprobadas para que una sociedad gestione sus conflictos sin destruirse. Frente a la tentación del atajo revolucionario, él propuso el camino menos épico y más difícil: el de la responsabilidad institucional.

Desde esta perspectiva, la vigencia de Carlos Rangel no es un homenaje automático ni un elogio rutinario. Es una interpelación. Sus ideas siguen vigentes como una acusación, porque revelan la persistencia del error; pero también como una esperanza, porque recuerdan que el destino de un país no está escrito en el petróleo ni en la geografía, sino en la responsabilidad de una sociedad que decide abandonar mitos y asumir libertad.

Nos recuerda, además, que no basta con denunciar abusos si se siguen celebrando las ideas que los hacen posibles; que en política no hay milagros, solo consecuencias; y que la libertad no se hereda ni se decreta: se construye y se defiende todos los días. Si hoy volvemos a leer a Carlos Rangel, no es para repetirlo como consigna ni para petrificarlo en una conmemoración inofensiva, sino para aceptar el desafío que nos planteó: renunciar al victimismo, abandonar las explicaciones cómodas y asumir, de una vez, la complejidad de ser una sociedad libre.

Rangel no nos pidió fe. Nos pidió madurez. Y esa, conviene decirlo, es la forma más alta de respeto que un intelectual puede tener por su país. ☉

* La entrevista que hiciera Marcel Granier a Carlos Rangel en 1983, con motivo del libro *Del buen salvaje al buen revolucionario*, entre otros temas, está disponible en el canal YouTube de Sofía Ímber bajo el título "Carlos Rangel es entrevistado en Primer Plano".

* Marcel Granier es empresario, conductor del programa de entrevistas y opinión *Primer Plano*.

La televisión como cultura cívica

"Pero el 22 de abril de 1968, junto a Sofía Ímber y Reinaldo Herrera Guevara, inició en Radio Caracas Televisión (RCTV) algo más que un programa: abrió una ventana a un país posible, *Buenos Días*. Esta ventana se mantuvo al aire y en la conciencia de los venezolanos alrededor de 20 años consecutivos en múltiples formatos y canales de televisión"

BEATRICE E. RANGEL

En el siglo XX, ningún medio transformó tanto la vida pública como la televisión. No fue solo un instrumento de entretenimiento: fue una fuerza social capaz de unificar a millones de personas en torno a una misma experiencia. Desde guerras hasta alunizajes, desde crisis políticas hasta espectáculos cotidianos, la televisión convirtió lo distante en inmediato y lo individual en colectivo.

Quien entendió ese poder con lucidez fue Carlos Rangel. Como estudiante en Nueva York a mediados de los años 50, percibió ese poder al ver las audiencias televisadas del Congreso de los EE.UU. y su Comité de Actividades Antiamericanas, motivando a la opinión pública, primero en contra de los acusados y finalmente en contra del Senador Joe McCarthy. Y no solo lo entendió: decidió usarlo.

Rangel no veía la televisión como un simple escaparate, sino como un instrumento de formación cívica. Apostó por un medio que llegaba a todos para hablar de lo que pocos querían discutir: la cultura política, las responsabilidades colectivas y los límites de nuestras propias narrativas.

Su primera incursión televisiva, fue a principios de la década de los 60, moderando un programa que presentaba figuras de la actualidad política, económica social y cultural an-

te la audiencia venezolana: *Frente a la prensa*. Esto al mismo tiempo que era profesor de cátedra en la escuela de periodismo de la Universidad Central de Venezuela y subdirector de la revista *Momento*.

Pero el 22 de abril de 1968, junto a Sofía Ímber y Reinaldo Herrera Guevara, inició en Radio Caracas Televisión (RCTV) algo más que un programa: abrió una ventana a un país posible, *Buenos Días*. Esta ventana se mantuvo al aire y en la conciencia de los venezolanos alrededor de 20 años consecutivos en múltiples formatos y canales de televisión. En un medio dominado por el entretenimiento ligero, este espacio introdujo conversación, criterio y sofisticación. Estableciendo pauta y marcador en el periodismo de opinión televisada *Buenos Días* logró sin estridencia algo poco frecuente: elevar el nivel del debate sin perder audiencia.

Más tarde, en Venevisión, ese esfuerzo se volvió más incisivo. Rangel aprovechó la pantalla para plantear una tesis incómoda: el atraso de América Latina no podía explicarse únicamente por factores económicos. El problema era más profundo. Era cultural.

En esto, su pensamiento dialoga con el de Alexis de Tocqueville. Tocqueville había advertido que la democracia no descansa solo en instituciones, sino en hábitos, creencias

y comportamientos. Rangel trasladó esa intuición a América Latina –pero con una conclusión inquietante: nuestras propias narrativas podían estar sabotando nuestras posibilidades de desarrollo.

Mientras Tocqueville analizaba las virtudes cívicas que sostenían a Estados Unidos, Rangel señalaba los mitos que debilitaban a América Latina: la tendencia a culpar siempre a factores externos, la fascinación por el liderazgo redentor, la desconfianza hacia las instituciones liberales.

No era un diagnóstico cómodo. Tampoco popular.

Rangel también advirtió –como Tocqueville en su tiempo– sobre los riesgos internos de la democracia. Si el pensador francés temía la tiranía de la mayoría, Rangel alertaba sobre el avance del populismo, la fragilidad institucional y la persistencia de una cultura rentista que erosiona la responsabilidad cívica.

Y por ello, eligió la televisión. Era el medio para iniciar el largo proceso de impactar la cultura cívica.

Creía que ese medio, precisamente por su alcance, podía contribuir a transformar la cultura política. No de forma inmediata ni espectacular, sino con la paciencia de los procesos profundos: lentamente, gota a gota.

Recuerdo una conversación con él, en un pasillo de Venevisión, poco antes de un aniversario clave de la de-



CARLOS RANGEL Y SOFÍA ÍMBER EN EL SET ORIGINAL / PROGRAMA BUENOS DÍAS

mocracia venezolana. Comentando un guion que cuestionaba la versión oficial de la historia, me dijo algo que hoy resuena con fuerza:

"Las disputas políticas que solemos idealizar no siempre han tenido como objetivo la democracia, sino la distribución de la renta. Y cuando una economía se organiza en torno a esa lógica, la cultura política termina por reflejarla. Tenemos la responsabilidad de contarle a nuestra gente la versión no oficial".

Esa advertencia no fue escuchada en su momento.

Rangel fue, en gran medida, un pensador incómodo, marginado por desafiar los consensos de su época. Pero el paso del tiempo ha sido menos indulgente con sus críticos que con sus ideas. Las crisis recurrentes de América Latina han ido confirmando, una y otra vez, la vigencia de su diagnóstico.

Hoy, cuando las democracias enfrentan nuevas tensiones –y cuando los medios vuelven a redefinir la conversación pública–, vale la pena recordar su intuición central: los problemas políticos no son solo institucionales ni económicos. Son, ante todo, culturales.

Y por eso mismo, también son más difíciles de resolver. ☉

* Internacionalista, consultora política y empresarial, exministro de la Secretaría de la Presidencia de Venezuela.

* Nota de Carlos J. Rangel: Un gran número de las entrevistas y comentarios editoriales presentados en el programa *Buenos Días* y su versión de mediodía, *Lo de Hoy* se pueden acceder en la Sala Virtual de Investigación (SVI) Sofía Ímber / Carlos Rangel de la Biblioteca de la Universidad Católica Andrés Bello (UCAB), y múltiples entrevistas en video están disponibles en el canal YouTube de Sofía Ímber.

50 AÑOS >> DEL BUEN SALVAJE AL BUEN REVOLUCIONARIO

Los liberalismos de Carlos Rangel

"Para él, el éxito norteamericano es el espejo de las carencias latinoamericanas: fanatismo, personalismo, oligarquía, mercantilismo y colectivismo, al punto de que lo que haya de bueno en nuestros países se da por acercarnos a ese ideal"



CARLOS RANGEL, CARLOS ANDRÉS PÉREZ Y SOFÍA ÍMBER / ARCHIVO FAMILIAR

GUILLERMO TELL AVELEDO

...competition of praise, inclineth to a reverence of Antiquity. For men contend with the living, not with the dead; to these ascribing more than due, that they may obscure the glory of the other.

Thomas Hobbes, *Leviathan*, XI, 1651

Es un tópico, no sin fundamento, ubicar a Carlos Rangel (1929-1988) como el más importante promotor de las ideas liberales en la Venezuela de la segunda mitad del siglo XX. Esta perogrullada oculta una discusión en la que el prestigio de Rangel se utiliza para debates actuales. No negamos su liberalismo, sino que buscamos rescatar los matices perdidos tras la petrificación de su obra en profecía. Cada uno de nosotros desea convertir a Rangel en el oráculo de nuestras propias diatribas, más vivas cuando el liberalismo ha adquirido nueva ascendencia social.

A cinco décadas de *Del buen salvaje al buen revolucionario*, se nos ocurre que es ocasión para hacer una pequeña historia intelectual del liberalismo de mediados del siglo XX en Occidente y en Venezuela, ubicando la trayectoria personal de Rangel que recorre y emana de este clásico. Rangel era un liberal, como corresponde, definido y, a la vez, inasible.

I. Liberalismo universal

Siendo la educación de Carlos Rangel la de un joven pequeñoburgués venezolano, en el ambiente secular de su formación escolar caraqueña, y a la vez una educación liberal con un Bachelor of Arts en el Bard College, un *certificat d'Etudes* en la Université de Paris y un master en literatura comparada en la New York University, debemos ubicarlo en el espacio intelectual del mundo atlántico, hasta cierto punto removido de las convulsas décadas de la transición postgomecista venezolana.

El liberalismo de posguerra se convirtió en el metalenguaje de Occidente, consolidando un orden basado en reglas y derechos individuales. Pese a que ni en Francia ni en Gran Bretaña ni en los Estados Unidos existía un partido liberal poderoso y robusto, era delineado por personas que así se consideraban. Aunque los detalles de su despliegue no siempre fuesen felices, el modelo liberal se había normalizado en Occidente como aspiración exitosa, pero también como *statu quo*. A decir de Raymond Aron en 1963, en sus conferencias sobre las libertades:

"Las revoluciones de derechas habían quedado descalificadas... En 1945 solo quedaban ya frente a frente los regímenes soviéticos... y las 'democracias liberales', cuya ideología ha sido siempre, hasta cierto punto, una antiideología. Liberales, las democracias occidentales desean salvaguardar los derechos de las personas, dejar un margen a la acción espontánea de cada cual: se prohíben a sí mismas la ambición de edificar el orden social según un determinado plan y de someter el porvenir a su voluntad. Democráticos, los liberalismos occidentales reconocen en la voluntad del pueblo un prin-

cipio de legitimidad y en la elección disputada la aplicación de su principio... el 'fin de las ideologías' parece indicar la aceptación general de estas ideas, incapaces de generar entusiasmo, porque ya no se discuten seriamente".

Aron continúa asumiendo cómo las instituciones políticas en Occidente, basadas en las libertades individuales, podían tener relaciones variables con el hecho económico e industrial (tanto o más intervención), mientras que defendiesen esa esfera y desplegasen su diatriba política a través de instituciones representativas ante la opinión pública.

Los años sesenta cambiarán eso, evidente en el descontento de los jóvenes nacidos en la posguerra, el horror de las guerras de descolonización en Asia y África, las tensiones del estado de bienestar y el renovado ánimo intelectual de la izquierda que, autorizada por la heterodoxia de Nikita Jrushchov, podía ser a la vez crítica de la URSS y despiadada con el *ennui* del consumo y la *Pax Americana*: Sartre y De Beauvoir, Marcuse y Adorno, Debord y los *Students for a Democratic Society*.

En la década siguiente, "liberal" tenía al menos tres significados, alejados entre sí: aquella tradición institucional dominante, pero percibida como anquilosada, de las sociedades abiertas; el discurso de los renovados defensores del libre mercado y del fin del welfarismo; y el de la decepción ante las carencias de las democracias, que veían en sus partidos un aparato fascista, racista y consumista, desde la Riviera izquierda del Sena hasta los dormitorios universitarios de Estados Unidos, con la romantización del "guerrillero heroico" y el recetario anarquista de Powell.

El arco formativo del joven Rangel, de estudiante idealista que coqueteó con ideas socialistas en su periplo extranjero a pujante periodista comprometido en la acción por una democracia naciente, es una clara amenaza.

II. Liberalismo criollo

En otros espacios hemos argumentado que la Venezuela de la segunda mitad del siglo XX es una república liberal y democrática², en razón de los límites institucionales al poder que la Constitución de 1961 imponía a su despliegue, pero seremos los primeros en admitir que los fundadores de la democracia moderna venezolana no habrían agraciado la etiqueta³.

En Venezuela, el "liberalismo" no evocaba las revoluciones atlánticas, sino el legado de caudillos y guerras civiles del siglo XIX. Para las generaciones modernas, la doctrina era sinónimo de faccionamiento y un *laissez-faire* atrasado. Se entroncaron así, ya fuesen autoritarios o democráticos, en la idea de un Estado activista con la renta petrolera como instrumento.

La defensa del libre mercado, fuente remota del nuevo liberalismo, tuvo como solitario protagonista a Henrique Pérez-Dupuy, banquero y acérrimo crítico del intervencionismo por décadas⁴. No sería sino hasta una mayor sofisticación de la economía venezolana que surgirá una demanda más sistemática: Fedecamaras publica su "Carta económica de Mérida" en 1962, reclamando

menos regulación económica, menaje que se replica en la revista *Orientación Económica* y el periódico *La Verdad*, de Nicomedes Zuloaga y Joaquín Sánchez-Covisa, críticos del programa redistributivo de la democracia⁵.

En paralelo, hay intentos fallidos de establecer partidos proempresariales o tecnocráticos: el fugaz Frente Nacional Democrático de Uslar Pietri; el trágico Movimiento Demócrata Independiente de Alirio Ugarte Pelayo; y los pequeños Partido Liberal de Jorge Olavarría y Movimiento Nacional Desarrollista de Pedro Tinoco. Solo la crisis económica de la década de 1980 sacará esas nociones de círculos intelectuales y gerenciales al primer plano de la discusión pública.

¿Dónde está aquí Carlos Rangel?

III. Los liberalismos de Carlos Rangel

Carlos Rangel no era un parroquiano obsesionado con el trapicheo a ras de suelo, pero tampoco alguien alejado de la ciudadanía. Comprometido comentarista nacional e internacional, sirvió a la democracia como diplomático y concejal independiente (electo en las listas de AD), en experiencia agrícolce. Es un *liberal*, si cabe, en la tradición que ha visto en el Occidente de la posguerra, admirador del progreso económico y de la fortaleza institucional que han logrado el milagro del Plan Marshall y la reactivación económica, así como de haber evitado la deriva populista autoritaria del macartismo. Sus columnas de prensa —que demandan una antología— piden a Occidente un liderazgo que su mala conciencia inhibe, pero que sus logros justifican, y dentro del cual ubica a la democracia venezolana.

Un testimonio de este liberalismo instintivo es la glosa que hace del manifiesto *Ciel et terre* del editor y político francés Jean-Jacques Servan-Schreiber en 1970, con el que el polémico fundador de *L'Express* intentará sacudir el estertor posterior a la decadencia Gaullista y el Mayo del '68, apelando a la modernización organizacional y técnica del país. Los artículos de Rangel son recogidos en un folleto *Sobre el Manifiesto Radical* comentando con gran cultura el emplazamiento de JJSS, y cerrando con un clamor:



CARLOS EN LA SELVA / MAGDALENA RANGEL

doctrinario va despejándose. Rangel, que ya había declarado su rechazo a la autocomplacencia del "tercermundismo", consolida esta crítica en su siguiente libro, así también titulado. Rangel ya había contribuido con *La Verdad* de Zuloaga, y encuentra causa común con esta reflexión, alarmado por la continuidad autoritaria en la región. La conecta ahora con la economía capitalista, que encuentra en su capacidad productiva y creadora una correlación positiva con "grados variables pero uniformemente estimables de democracia política"¹⁰. Cita y entrevista a Friedrich Hayek, y se enmarca en el nuevo liberalismo que se definió entonces como alternativa global.

IV. Liberalismo e iliberalismo

Rangel transitó del liberalismo instintivo al de mercado, convencido de que esta doctrina, a diferencia de las utopías, no ofrece la salvación ni el bien absoluto.

El tema se consolida en su antología póstuma *Marx y los socialismos reales*, que recoge un discurso titulado "La crisis y sus soluciones", de finales de 1983. Aquí, el círculo se cierra: presenta su crítica más cuidada al capitalismo de Estado venezolano ante el "Viernes Negro", conectada con las tesis que había desarrollado en la década anterior: la herencia de la cultura intervencionista y autoritaria hispanoamericana, como aporte fundamental a lo que será Cedice en 1984.

Este discurso, que no es aislado¹¹, marca una diferencia importante de Rangel respecto de otros liberales que, en defensa del mercado, desestimaron las limitaciones al poder político. Criticó Rangel a las democracias occidentales —incluyendo, no sin desespero, a los demócratas venezolanos ("equivocados en lo económico... pero acertados en lo político")—, pero nunca dio crédito a la conseja según la cual la libertad económica ha de prevalecer sobre la política:

"desterrar la idea insensata de que la solución para la crisis venezolana puede ser un golpe de Estado militar... El remedio es más bien todo lo contrario: más democracia, en lugar de la democracia a medias y en retroceso que ahora tenemos... Eso implica comenzar a devolverle el Estado a la sociedad civil venezolana, el poder y la riqueza que el Estado ha confiscado... En todo caso... cada uno de nosotros debe actuar intensamente en este momento, cuando por efecto de la crisis hay alguna sensibilidad"¹².

Sería impropio decir que Rangel habla a los venezolanos del presente, pero las aspiraciones de hoy lo hacen un referente inescapable en nuestro esfuerzo de rehacernos, en democracia y libertad. ☉

- 1 Aron, R. (1966/2007) *Ensayo sobre las Libertades*. Madrid, Alianza: 66-67
- 2 Aveledo, G. T. (2014): *La segunda República liberal democrática, 1959-1998*. Caracas, Fundación Rómulo Betancourtcríticos.
- 3 Para un comentario crítico a mi tesis, léase "¿Tiranos liberales?...?", de Luis Alfonso Herrera en *Vente Venezuela* (2015): *Se trata de la libertad*. Caracas, Galipán.
- 4 Lahoud, D. (2020). Henrique Pérez Dupuy: personaje, pensamiento y obra. Caracas: Banco Venezolano de Crédito.
- 5 Sería Zuloaga el primero que recibiría en Venezuela el mote de "neoliberal" como crítica, en Aguirre Elorriaga, M. (1961): "Primer diálogo con los neoliberales". *SIC*, Año 24, no. 237:308-309. Caracas: Centro Gumilla.
- 6 Rangel, C. (1970): *Sobre el Manifiesto Radical*. Caracas, CEDIA: 74
- 7 Rangel, C. (1976): *Del buen salvaje al buen revolucionario*. Caracas, Monte Ávila: 37.
- 8 *Ibid.*, 73.
- 9 *Ibid.*, 225.
- 10 Rangel, C. (1982): *El tercermundismo*. Caracas, Monte Ávila: introducción.
- 11 Para muestra concreta, la reconvencción que Rangel hizo a Pedro Tinoco, candidato desarrollista, por buscar el voto del perzjemenismo en 1973. 12 Rangel, C. (1988): "La crisis y sus soluciones", en *Marx y los socialismos reales*. Caracas, Monte Ávila: 109-110.

50 AÑOS >> DEL BUEN SALVAJE AL BUEN REVOLUCIONARIO

Entrevista a un profeta

A continuación, una conversación imaginaria con Rangel, construida a partir de sus propias tesis y textos

FRANCISCO SANTOS

Releer a Carlos Rangel hoy no implica aceptar sin reservas todas sus conclusiones, pero sí reconocer la vigencia de una advertencia incómoda: las narrativas que adoptamos para explicarnos pueden ser, también, el origen de nuestros errores. Su visión profética no deja de sorprender y por eso decidí “entrevistarlo” a la luz de lo que ha pasado en la región en los últimos 30 años.

Don Carlos, usted fue antes que nada un intelectual liberal que decía y escribía las cosas que nadie quería oír o leer en los años 70 y 80 del siglo pasado. ¿Por qué fue tan criticado en ese entonces?

Por varias razones, Pacho. La primera, como escribí, “América Latina ha tendido a explicarse a sí misma como víctima de fuerzas exteriores”. Esa visión tiene una consecuencia inmediata: desplaza la responsabilidad. Y cuando una cuestiona una explicación que, además de difundida, resulta reconfortante, lo normal es encontrar resistencia. Casi toda la región estaba bajo dictaduras militares y una dictadura comunista, y el debate sobre la libertad se enfocaba sobre las dictaduras militares y nadie veía como Cuba, obviamente bajo la coordinación de la Unión Soviética, había logrado penetrar en la región difundiendo la idea del victimismo.

¿Que había logrado Cuba para ser un faro ideológico, si su modelo era un fracaso económico que entonces vivía de las ayudas soviéticas?

Muchos se enfocaron solamente en la ayuda logística, económica y militar a las guerrillas, hoy llamadas organizaciones terroristas, por parte de Cuba, desde el ELN y las FARC en Colombia a principios de los 60 hasta los sandinistas en Nicaragua y el FMLN en El Salvador en los 80. Pocos se percataron de la penetración ideológica del comunismo cubano, que después se llamaría Socialismo del Siglo XXI y comercializada con ese nombre por Heinz Dieterich

Steffan, en toda la narrativa de la izquierda latinoamericana, en especial en las universidades públicas y privadas que educaron a varias generaciones asumiendo el discurso del buen revolucionario que describo en mi libro.

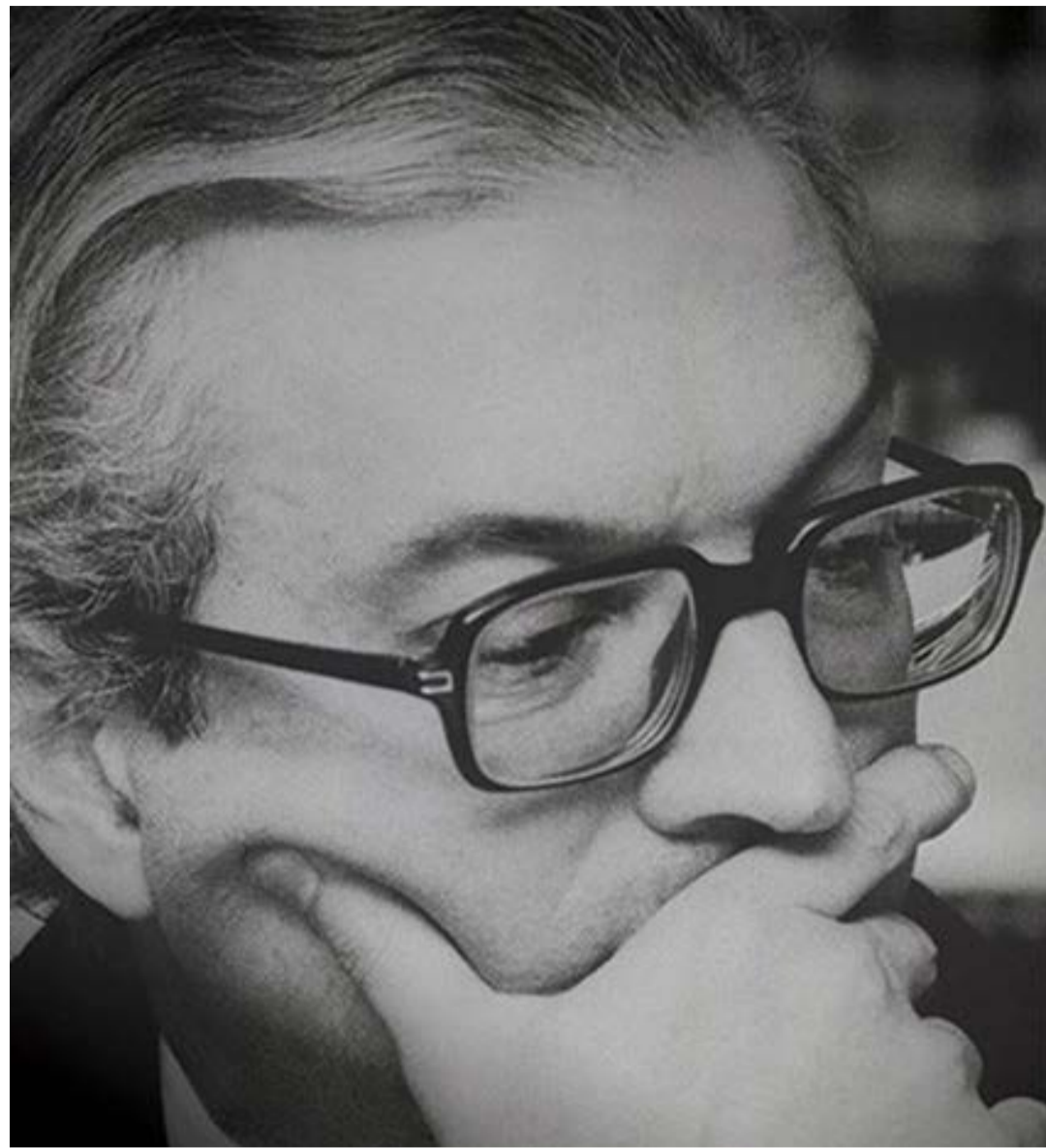
¿Esa es la razón por la cual, en universidades venezolanas, en especial la UCV, quemaron su libro?

Claro que sí, finalmente en el libro se denuncian los mitos y falsas verdades que se cocinaban en esas universidades y en esa generación de estudiantes de todas las carreras de ciencias sociales donde se adoctrinaba que los enemigos del desarrollo eran el imperio (obviamente los Estados Unidos), el capitalismo, la oligarquía, los medios y la democracia liberal. La ideología del revolucionario que describo en el libro, así como la del fascista, conduce a ese tipo de reacciones que conducen al autoritarismo y al caudillismo en nombre de la redención. En la región Venezuela lo vivió con Hugo Chávez, Rafael Correa en Ecuador o Gustavo Petro en Colombia, para solo nombrar algunos de los engendros que son producto de ese fenómeno político “revolucionario”.

¿Usted se anticipó a la guerra cultural que hoy se da en las universidades del mundo?

En parte sí porque todo el proyecto del buen revolucionario arranca con el buen salvaje, que dicen ellos éramos todos, pero que la conquista nos corrompió, un mito netamente europeo que se origina con el primer viaje de Colón, lo elabora Montaigne, y lo verbaliza Russeau. Con el buen salvaje y su supuesta destrucción arranca ese mito fundamental para el buen revolucionario: la victimización. Es culturalmente “correcto”, cómodo, aceptable, decir que éramos nobles, y que ahora somos víctimas de otros, no de nuestra propia incompetencia o corrupción. Como señalé entonces, se trata de una narrativa que “reduce la historia a un drama moral entre inocentes y culpables”. Es una simplificación poderosa, pero peligrosa.

Los “inocentes, nobles y buenos” nos quieren decir, somos víctimas del capitalismo, del imperio, de la democracia o de los medios. Cuando se adopta esa visión, como he escrito, “la política tiende a convertirse en una empresa de redención más que en un ejercicio de responsabilidad”. Es de esa victimización de donde surge un redentor: el caudillo. Chávez, Petro, Correa, AMLO o Morales son varios de los ejemplos. Obviamente ese redentor es moralmente superior y como es el intérprete del pueblo no puede te-



CARLOS RANGEL, UN GESTO HABITUAL / ARCHIVO FAMILIAR

ner límites. “El pueblo soy yo” es su estandarte y medida. Un congreso o una justicia que se le oponga se debe desechar. Por eso estos caudillos autoritarios utilizan asambleas constituyentes, para acabar con cualquier límite a su poder. En nombre de corregir injusticias, se debilitan las garantías que protegen la libertad.

¿Cómo opera ese buen revolucionario cuando llega al poder? ¿Cómo es su discurso?

Además de lo anterior, para el líder revolucionario todo es culpa externa o de otros que no son “el pueblo”, o de modelos que no le convienen para acumular poder; por eso ese líder no responde ante nada. Para ese líder, el Estado es la herramienta de redención moral por lo tanto no puede tener ningún límite, algo que obviamente también aplica a quien lo conduce. Parte fundamental es construir una narrativa

sobre la base de la victimización lo que le permite reescribir la historia, crear una historia de opresión brutal externa e interna, antes de que ellos llegasen al poder, por supuesto. En esa narrativa la pobreza y el atraso tienen como responsables a los Estados Unidos, al capitalismo o a las élites. “Toda ideología que se considere moralmente incuestionable tiende a justificar el poder sin límites”. No es un fenómeno exclusivo de una región o de una ideología, pero en América Latina ha encontrado un terreno fértil precisamente por la fuerza de estas narrativas.

Ese mito de víctima, esa imagen del buen revolucionario, hoy le diríamos el “buen populista”, sigue hoy fuerte en la región y se ha extendido a líderes de derecha, ¿qué es lo que hace que siga siendo vigente?

(Continúa en la página 9)

La leyenda negra antiespañola en un manifiesto liberal cincuentenario

“Sin embargo, hay algunas afirmaciones y críticas en *Del buen salvaje*, que permiten preguntarse si no quedaron aspectos por analizar con mayor detalle respecto del pasado común de los pueblos hispanos”

LUIS ALFONSO HERRERA ORELLANA

Los latinoamericanos no estamos satisfechos con lo que somos, pero a la vez no hemos podido ponernos de acuerdo sobre qué somos, ni sobre lo que queremos ser
Carlos Rangel

La identificación y refutación radical y demoleadora de una variedad de mitos políticos usados por el poder y las ideologías liberticidas en Hispanoamérica, centralmente el del buen salvaje y el del buen revolucionario, constituye, sin duda, uno de los numerosos méritos reconocidos con justicia al ensayo de Carlos Rangel que tenemos la honra de homenajear.

Pero hay otros mitos que Rangel identifica y problematiza en su obra que tal vez no han merecido la misma atención y difusión. Uno de ellos es el del supuesto atraso cultural de los pueblos hispanohablantes respecto del avance cultural que muestran los pueblos angloparlantes, y en concreto los Estados Unidos de América, conocido usualmente como la “leyenda negra antiespañola”.

Siendo infrecuente, por no decir marginal, el encontrar en literatura liberal en español una valoración objetiva del funcionamiento y lega-

do del período histórico virreinal o provincial –no colonial–, en que la Monarquía hispana o católica –términos asimilables entre sí hasta al menos inicios del siglo XXI– regentó territorios en América, hallar páginas luminosas al respecto en el libro *Del buen salvaje* es, cuando menos, reconfortante.

En efecto, Rangel explica lo equívoco del término América Latina y argumenta a favor de la expresión América española, reconoce los aportes y acciones institucionales de la Monarquía hispana en los diferentes virreinos, provincias y capitanías generales de este lado del Atlántico, afirma que la fragmentación del Imperio español derivó de una guerra civil entre españoles –no de independencias– y que el desprestigio de lo hispano surgió de la propaganda política de las coronas enemigas.

Sin embargo, hay algunas afirmaciones y críticas en *Del buen salvaje*, que permiten preguntarse si no quedaron aspectos por analizar con mayor detalle respecto del pasado común de los pueblos hispanos, que contribuyan a la superación definitiva de los complejos profundos y falsificaciones históricas que siguen aprovechando en la actualidad diversidad de diletantes, que atribuyen a la conquista española, al catolicismo y la organización administrativa de la Monarquía los males de Hispanoamérica.

En tal sentido, luce pertinente retomar esa reflexión y no desistir de profundizar en el camino iniciado por Rangel y no continuado –me parece– por los liberales hispanoamericanos hasta el presente –con honrosas excepciones–, respecto de las exageraciones y falsedades que impiden un conocimiento adecuado y la reconciliación de los habitantes de las actuales repúblicas de la América española con su pasado común monárquico o indiano.

Algunas de las temáticas a profundizar están vinculadas, por ejemplo, con la reivindicación de las ideas de Sarmiento y su rechazo a las tesis de Rodó¹; la afirmación de que la fe protestante es culturalmente superior a la fe católica



por sus resultados²; la comprensión de las Leyes de Indias como instrumento para mantener a los indígenas en estado de minoridad con la excusa de protegerlos³; la actuación de la Iglesia como brazo ejecutor de la Monarquía y difusora de una mentalidad de sumisión al poder contraria a la libertad individual⁴; la visión de la Corona hispana como una estructura política cerrada, contraria a las reformas ilustradas, a la libertad y a la prosperidad de sus súbditos⁵.

Varias líneas de reflexión derivan de cada una de esas tesis. Las ideas de Sarmiento potenciaron hasta hoy la leyenda negra antiespañola, mientras que investigaciones sobre Rodó muestran que planteó una modernización hispana sin ruptura cultural⁶. La contraposición entre protestantismo y catolicismo ha perdido potencia como teoría explicativa de la supuesta superioridad de unas sociedades respecto de otras⁷. Las Leyes de Indias se consideran precursoras

de la igual dignidad de las personas por su condición de tales, siglos antes de la invención de la idea de los derechos humanos⁸.

Por otro lado, la Iglesia –diferenciar del clero– no actuó subordinada a la Monarquía, ni fue absolutista, sino diversa en ideas, promotora de la educación y crítica del poder, a tal punto de que se expulsó a una de sus congregaciones, tal y como lo estudia Rangel⁹. La estructura de la Corona española, tributaria del derecho romano, las partidas y el derecho común, procuró la limitación del poder¹⁰ e incentivar el desarrollo económico¹¹, solo que en medio de la rivalidad con las coronas competidoras¹².

Desde luego, Rangel no tenía por qué abordar todos estos asuntos y ofrecernos posibles cursos de acción. Pero sí resulta oportuno, y necesario, retomar sus resultados y trascenderlos, ir más allá y tener a la vista investigaciones publicadas en las últimas décadas en diferentes áreas del conocimiento sobre estas temáticas.

(Continúa en la página 9)

- 1 *Del buen salvaje al buen revolucionario*. Caracas: Cedice-Libertad, 2022, 254.
- 2 *Ibidem*, 338.
- 3 *Ibidem*, 360-361.
- 4 *Ibidem*, 338.
- 5 Rangel afirma que la Iglesia fue ductora de: “una sociedad tarada”. *Ibidem*, 337.
- 6 Mazzone, Daniel, “Dos hombres en el callejón. Battle-Rodó: los equívocos de la historia”, en *Desenfocados*. Montevideo: Ediciones de la Plaza, 2005.
- 7 Novak, Michael, *La ética católica y el espíritu del capitalismo*. Santiago: CEP, 1995.
- 8 Henche, Julio, *Las Leyes de Indias*. Madrid: Círculo Rojo, 2021.
- 9 Rangel, *op. cit.*, 213-214.
- 10 Bravo Lira, Bernardino, “El más antiguo Estado de derecho en Europa y en América (siglos XI al XXI). Parangón entre el *si recte facias* hispánico, el *rule of law* inglés y el *régne de la loi* ilustrado”. *AHDE*, tomo LXXX, 2010, 415-546.
- 11 Dobado González, Rafael, *Herencia colonial y desarrollo económico en Iberoamérica*. Madrid: Universidad Complutense, 2009.
- 12 VVAA, *El comercio libre entre España y América Latina, 1765-1824*. Madrid: Fundación Santander, 1987.

50 AÑOS >> DEL BUEN SALVAJE AL BUEN REVOLUCIONARIO

El eterno refugio de la revolución inconclusa

“Mientras la revolución estadounidense fue pragmática y ‘conservadora’ (porque más que cambiar, reafirmó el *statu quo ante*), la francesa y sus imitadoras se convirtieron en una proyección sin fin hacia la utopía, confrontando la paradoja de que la igualdad prometida y consagrada ante la ley no se viera rápida ni directamente reflejada en la distribución de la riqueza”

MIGUEL ÁNGEL MARTÍNEZ MEUCCI

I. Íntimo malestar

A Hispanoamérica la ha aquejado durante muchas décadas un malestar íntimo y lacerante, del cual tampoco se libra la España contemporánea. Desde la fractura sufrida por los territorios que componían la Monarquía hispánica a principios del siglo XIX, e incluso desde antes, se fue instalando en todos nuestros países la idea de que no funcionamos bien porque hay una falla estructural en nuestra composición como pueblos y naciones.

Hoy proliferan explicaciones de todo tipo (instituciones extractivas, ausencia de confianza, desigualdad social, creencias paralizantes), pero casi todas aluden a algún tipo de herencia cultural. Estas teorizaciones a menudo se entremezclan con relatos nacionales e identitarios largamente inculcados, desde dentro y desde fuera de nuestros países, según los cuales cargamos en nuestro ser con defectos atávicos que nos arrastran una y otra vez hacia el fracaso.

Pocas personas han meditado tanto como Carlos Rangel en la complejidad de esta materia. Y pocos libros ofrecen al respecto un argumento integral como el que se desarrolla en *Del buen salvaje al buen revolucionario*, obra pionera en cuya senda han seguido labrando liberales tan insignes como Mario Vargas Llosa, Carlos Alberto Montaner, Plinio Apuleyo Mendoza, Mauricio Rojas, Roberto Ampuero y Carlos Granés.

II. La mirada de Carlos Rangel

La mirada crítica y aguda de Rangel, verdadero llanero solitario del liberalismo en el corazón de la “Venezuela saudita”, impresionó a su amigo Jean-François Revel. El intelectual francés se convirtió en su mentor y en el gran promotor del libro que aquí nos ocupa, impreso por primera vez hace medio siglo en París. Ciudad donde, por cierto, se rebautizó conjuntamente a las Américas española y portuguesa con el nombre de “América Latina”, como bien advertía el propio autor.

Rangel alude sin ambages al “fracaso” de la América hispana, que considera evidente a la luz de siete hechos objetivos: éxito de los Estados Unidos; escasa cohesión social; impotencia ante acciones exteriores; inestabilidad democrática/

estabilidad autoritaria; escasas contribuciones científicas; acelerado crecimiento demográfico; y sensación de irrelevancia. La explicación que ensaya nuestro autor para dicho fracaso se centra en las creencias, y más específicamente, en la proliferación de “mitologías compensatorias” en las que solemos buscar consuelo colectivo.

Casi todas ellas nacen en las distintas miradas que los europeos desarrollaron sobre los pueblos americanos, desde las primeras crónicas tardo-medievales que tomaban a los indígenas por inocentes moradores del paraíso terrenal, hasta el marxismo contemporáneo que ve en las hispanoamericanas a naciones y clases oprimidas por el capitalismo y su “fase superior” imperialista.

En conjunto, trazan un arco “rousseauiano” que va del *buen salvaje* hasta el *buen revolucionario*, del que se extrae el material necesario para la fabricación de toda suerte de mitologías autoindulgentes y exculpatorias, usualmente muy útiles para avalar a los gobernantes de turno y encubrir sus responsabilidades. Una de las especies más manidas en este sentido es la idea de revolución.

III. La revolución como redención

En su célebre libro, Rangel destaca el papel de la revolución como mitología redentora. Según el autor, el “milenario” que esgrimía cierto cristianismo primitivo habría dado pie a una “fiebre recurrente de la humanidad” que, en “un tiempo de degradación y superficialización de los grandes mitos profundos y eternos”, derivó en el “revolucionismo secular” contemporáneo.

Milenario y revolucionismo, considera Rangel, “están reñidos con el espíritu racionalista que hizo la grandeza de Occidente; pero en cambio son supremamente tentadores para quienes se sienten preteridos, marginados, frustrados, fracasados, despojados de su derecho *natural* al goce igual de los bienes de la tierra de que supuestamente disfrutaban los buenos salvajes de América antes de la llegada de las fatídicas carabelas”.

La América anglosajona se habría librado de estos complejos (por lo menos hasta el siglo XXI, cabe señalar) al descender casi enteramente su población actual de colonizadores europeos. Allí, el *buen salvaje* ha sido una otredad desprovista de fuerza para proyectarse en la memoria e identidad nacional. En cambio, población mestiza de la América hispana lidia todavía con sus orígenes so-



CARLOS RANGEL, SOFÍA ÍMBER Y FREIDERICH VON HAYEK / ARCHIVO FAMILIAR

cialmente heterogéneos y con una identidad fragmentaria, donde las mismas élites criollas que se proclamaron descendientes de los incas para separarse de España se asumían “ansiosamente españoles” ante “la masa oscura y enemiga de los esclavos, los siervos y las castas libres inferiores”.

En la línea de Arendt y Furet, Rangel comprende que la modernidad política ejerció en Francia, en Europa y en la América española un efecto que no generó en los Estados Unidos: el desgarramiento de los vínculos que tradicionalmente cohesionaban a la sociedad (la corona, la fe católica, las relaciones estamentales). Mientras la revolución estadounidense fue pragmática y “conservadora” (porque más que cambiar, reafirmó el *statu quo ante*), la francesa y sus imitadoras se convirtieron en una proyección sin fin hacia la utopía, confrontando la paradoja de que la igualdad prometida y consagrada ante la ley no se viera rápida ni directamente reflejada en la distribución de la riqueza. Por eso las revoluciones “a la francesa” suelen derivar en despotismos pseudodemocráticos.

Este desgarramiento, tal como señala Rangel, también sucedió en Hispanoamérica, pero con un agravante adicional: el de una problemática construcción identitaria.

IV. Superar un doble desgarramiento

El nacimiento de las repúblicas hispanoamericanas estuvo sometido a ese doble desgarramiento, donde al cataclismo que acarrió la caída del Antiguo Régimen y a la sustitución de los vínculos sociales tradicionales por la abstracción moderna se sumó un repudio inculcado a la génesis del ser nacional. A la soledad que de pronto experimentaba en Europa el nuevo ciudadano republicano y burgués, individuo que destruye y renuncia a los vínculos que tradicionalmente lo insertaban en la sociedad, se sumó en la América española el mito amargo del paraíso ultrajado y de la india violada por el conquistador.

Emergió así ese “laberinto de la soledad” que tan bien describió Octavio Paz, y del que es tan difícil salir cuando se prefiere chapotear en mitos autoindulgentes en vez de hacerse cargo de la realidad. De ahí el gran atractivo de la revolución utópica en Hispanoamérica. Si el pasado se asume como abominable, y si el presente decepciona y avergüenza, el futuro imaginario se convierte en el único paraje habitable, aunque la realidad soñada nunca se materialice en la realidad.

Por eso una revolución estéril, que solo destruye y nada construye, solo sirve para la redención mítica cuando no es pragmática ni atiende a los hechos; solo consuela cuando es utópica, culpa a otros y nos aleja de la realidad concreta. Ante la frustración, siempre podemos seguir soñando con ser otros, con llegar a ser *el hombre nuevo*. ¿Cómo extrañarnos de que en nuestras tierras proliferen los líderes que quieren vendernos espejitos, si todavía nos piden culpar de todo a quienes hace quinientos años buscaban el Dorado?

Todo Occidente vivió en algún momento bajo un Antiguo Régimen sometido a guerras, conquistadores extranjeros, servidumbre, esclavitud, privilegios, monopolios, y concentración en la tenencia de tierras y riquezas. Pero en ningún sitio como en Hispanoamérica se achacan al pasado los fracasos de la realidad contemporánea, porque en ninguna parte esa práctica ha sido tan útil para eludir responsabilidades durante más de doscientos años.

Frente a esa obsesión, la interpretación de Rangel tiene la virtud de estudiar el pasado para intentar ubicar la solución en el presente, invitándonos a reparar en un hecho simple y poderoso: la libertad y sus mejores frutos no son posibles si no se atiende a los hechos ni se asumen responsabilidades. ☉

*Polítologo, profesor y consultor político, escribe para diversos medios y ha coordinado varios libros colectivos sobre transiciones políticas.

Entrevista a un profeta

(Viene de la página 8)

Lo primero que se debe entender es que cuando pensamos que la culpa es de los otros le abrimos la puerta a esos caudillos. El tercermundismo clásico es creer que el mundo nos debe algo y eso lo justifica todo. Van de la mano ambos. Es un esquema muy sencillo: hay una víctima, el pueblo, hay villanos, el imperio y la oligarquía, y hay un redentor, el caudillo, el líder o dictador que además dice ser la encarnación del pueblo y su voluntad. El corolario final es que cualquier oposición equivale a una traición a esa voluntad popular y, por supuesto, al líder. Este caudillo no tiene filiación política o incluso social y económica, puesto que lo que le interesa es la acumulación del poder para sí y sus asociados o cómplices en la mentira. Puede ser billonario o pobre, de izquierda o de derecha. Surge y es el resultado de la inmadurez política o del retroceso político de una nación.

Cuando hay desarrollo político una nación se convierte de un territorio con un pueblo de víctimas en un estado con ciudadanos conductores de su propio destino. Esa ha sido la meta de la revolución liberal desde el S. XVIII, pero se mantiene como meta difícil de lograr y mantener. “Ningún pueblo puede progresar si atribuye sistemáticamente sus fracasos a cau-

sas ajenas”. Reconocer la influencia de factores externos es necesario, pero convertirlos en explicación total es una forma de evasión. No se trata de negar los problemas de desigualdad o exclusión, pero sí de advertir que “las malas explicaciones producen malas soluciones”. Nuestra región adolece de grandes trabas autoinfligidas para lograr esa meta, se acobia en mentiras constitucionales que nos impiden ver las verdades incómodas; esas trabas y mentiras fueron las que traté de denunciar en mi ensayo. Si los diagnósticos eliminan la responsabilidad interna, las respuestas tenderán a concentrar poder en lugar de fortalecer instituciones. Las ideas tienen consecuencias. “Las sociedades no solo padecen su historia: también padecen las interpretaciones que hacen de ella”.

Muchas gracias por responder a estas preguntas, tan vigentes hoy que como cuando escribió ese gran libro o cuando dejó este mundo. Sus profecías políticas se convirtieron en realidades alarmantes sobre las fuerzas destructivas para la democracia y la libertad en la región. Gracias por dejarnos ese legado.

Muchas gracias a usted, por invitarme a responderlas. ☉

*Francisco Santos es periodista, exvicepresidente de Colombia.

La leyenda negra antiespañola en un manifiesto liberal cincuentenario

(Viene de la página 8)

Por cierto, no para que las personas sigan una fe o ninguna, sino para que conozcan su propia tradición, no se subordinen cognitivamente a otras y no crean que si siguen una cierta creencia o ninguna entonces la libertad y riqueza estarán aseguradas, mientras que si siguen la alternativa serán la pobreza y la violencia sus recompensas. Más bien, siendo todas opciones *occidentales*, lo único asegurado es la libertad de elegir y la exigencia de hacerse responsable por dicha elección.

Los hispanos actuales, en especial los de ideas liberales, harían bien en no consumir de forma acrítica la interpretación dominante de obras como la *Ética protestante y el espíritu del capitalismo*¹, y en no adscribir ingenuamente doctrinas sobre la superioridad cultural del cristianismo protestante, del liberalismo francés, del liberalismo inglés o del *common law* estadounidense.

Como toda obra humana, esas doctrinas y marcos institucionales tienen sus luces y sombras. Se puede aprender y dialogar con ellos. Pero no aspirar a convertirlos en propias como condición esencial para enrumbar a Hispanoamérica hacia la libertad. Sería trágico, y no atribuible a la obra de Rangel, el concluir que solo dejando de ser hispanos y pasando a ser otra cosa, es que los habi-

tantes de la América española puedan superar los mitos y dificultades que los atan al subdesarrollo.

Tanto más si se advierte que hoy en día, es en las sociedades donde protestantes, ateos y agnósticos son mayoría o tienen poder de conducción, en las cuales discriminación arbitraria, la intolerancia, el *wokismo* y diversas formas de irracionalismo antioccidental han florecido y echado raíces al más alto nivel, con los Estados Unidos, Francia e Inglaterra incluidos, y de forma destacada varias de sus más reconocidas Universidades. Cabe conjeturar que tal estado de cosas está conectado con el predominio en esos países de creencias e ideas filosóficas como el nominalismo, el voluntarismo, el utilitarismo y el individualismo falso, como lo llamó Hayek.

Sirva pues este más que merecido homenaje a los primeros cincuenta años de publicación de *Del buen salvaje al buen revolucionario* de Carlos Rangel para invitar a su lectura y relectura actual, no solo para ratificar la vigencia de muchas de sus ideas y críticas a las creencias y mitos aún existentes en Hispanoamérica, sino para continuar profundizando en temáticas que nuestro admirado intelectual abordó con valentía y absoluta honestidad intelectual. ☉

¹ Weber, Max, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Barcelona: Península, 2001.

50 AÑOS >> DEL BUEN SALVAJE AL BUEN REVOLUCIONARIO

El mito de la libertad



CARLOS RANGEL, ALMUERZO SEDE REVISTA MOMENTO / ARCHIVO FAMILIAR

“Venezuela es un apropiado laboratorio, pues en cada crisis saca del cajón de sus cosas viejas, como amuleto para que absorba las cosas negativas, a su épica por la Independencia, cuando apenas tremola la libertad para agenciarse a la dictadura”

ASDRÚBAL AGUIAR A.

La relectura de *Del buen salvaje al buen revolucionario*, libro escrito por Carlos Rangel, y cuyo prologoista, Jean-François Revel, estima como “el primer ensayo contemporáneo sobre la civilización latinoamericana”, ayuda a discernir sobre lo actual.

El texto parte de una afirmación audaz y polémica que resulta profética, a la luz del proceso de deconstrucción cultural que acusa el Occidente judeocristiano y grecolatino, sin que todavía finalice: “Los latinoamericanos no estamos satisfechos con lo que somos, pero a la vez no hemos podido ponernos de acuerdo sobre qué somos, ni sobre lo que queremos ser”, dice Rangel a la luz del siglo XX.

El abandono de las identidades nacionales en avance, y la amenaza del olvido final de un ser o de una conciencia de nación que apenas ha balbuceado y aún se nos muestra huidiza como para determinar su voluntad, es un peligro latente.

El espejismo de la tolerancia o la defensa de lo laico, para encubrir a la dictadura del relativismo instalada en la circunstancia a partir de 1989, ocurre en paralelo a la migración fundamentalista árabe, con su fardo de intolerancias reiniciadas entre 2000 y 2010. Entre tanto, casi nueve millones de venezolanos y unos seis millones de ucranianos se desparraman sobre un planeta dominado por la liquidez y el dominio de redes inteligentes que deslocalizan a la conciencia.

Observa Rangel, en cuanto a nosotros, hispanoamericanos, titulados de latinos por los franceses a fin de quebrar nuestros vínculos emocionales con la España que nos insufla sus instituciones y cultura, el trágico desenlace del proceso de mestizaje inaugurado con la proeza colombiana, pero poniendo su mirada en el tiempo que conoce. En la mezcla con los causahabientes de los habitantes precolombinos, una proporción de hispanoamericanos dice, “tienden a confundir la conciencia del continente, inyectándole elementos de indefinición, mitología, racismo, complejos de culpa y de inferioridad, etc”.

Refiere que los españoles fueron los sujetos activos de ese proceso, en el que pierden su protago-

nismo las culturas aborígenes; todo lo cual, en su juicio, dada la persistente presencia de estas en el mestizaje “han contribuido a formar una parte muy importante de la conciencia (y también de *la mala conciencia*) latinoamericana”. Es un asunto que divide opiniones. No han sido lineales ni constantes. Han variado las perspectivas según los tiempos, con distancia de las tercas realidades. “El dogmatismo de los ideólogos comprometidos no contribuye a la búsqueda profunda de la originalidad” sobre lo nuestro, sostuvo el entonces presidente venezolano Carlos Andrés Pérez, en 1976 (*América Latina, conciencia y nación*, Instituto de Altos Estudios de América Latina, USB).

Nuestra cultura de presente

Atendiendo a lo subjetivo, tratando de auscultar en búsqueda de esa conciencia de nación que habría de mirarse desde lo local y en el mestizaje, para luego ser proyectada en lo social y político tal y como lo visualizara con lucidez nuestra maltratada Ilustración pionera de 1811, si nos guiamos por Díaz Sánchez en su “Paisaje histórico de la cultura venezolana” (*150 años de vida republicana: 1811-1961*, II, 1964) dirán algunos que somos y heredamos al ser que ha sido y es el español que nos conquistara: “Ama la libertad, es individualista, rebelde e igualitario en la misma proporción en que es místico, déspota, aristocrático, supersticioso y anticientífico”.

Otros verán al ser que nos integra desde la vertiente indígena, formada por la “miríada de naciones” dispersas y nómades que éramos, trasladándonos el carácter guerrero y violento de algunos de nuestros originarios o la proverbial mansedumbre de otros. Mas lo que se dice y cuenta es que en el primer contacto de las naciones originarias nuestras con el descubridor y los conquistadores, estas se muestran refractarias a la nueva cultura por carentes de capacidad para la abstracción, por faltos los originarios de vocablos para el desarrollo de ideas sustantivas. (Asdrúbal Aguiar, *La conciencia de nación. Reconstrucción de las raíces venezolanas*, Academia de Mérida, 2022). “No viven juntos formando poblados; a lo sumo se hayan dos o tres casillas juntas; todos viven desparramados por los montes”, según la relación que hacen los misioneros capuchinos de su presencia en la provincia de Cumaná (Fernando Arellano, S. J., *Una introducción a la Venezuela prehispánica*, Caracas, UCAB, 1986, p.256).

Y en cuanto a la savia africana que alimentara a nuestro ser desde su remota aurora, la de mayor peso en Colombia y en Venezuela, estudiada por Arthur Ramos (*O negro brasileiro*, 1934) y en narrativa que hace propia Díaz Sánchez: “...en el barco negrero en el que se mezclaban negros provenientes de los puntos más diversos, y pertenecientes a pueblos de culturas desiguales, se produjo una solidaridad en el dolor, una asociación en el sufrimiento por una comprensión mutua del destino común... [L]os esclavos a bordo del buque negrero se llamaban unos a otros *malungo*, esto es, compañero, camarada”, introduciendo entre nosotros la cultura de la igualación o lo parejero, el espíritu de apertura proverbial, que nos hace generosos hasta en los odios.

Lo primero a decir es que la indefinición de lo

nuestro y la mora en la forja de una estructurada “conciencia de nación” que desborde lo espontáneo hasta alcanzar a imponer una auténtica experiencia de ciudadanía, puede explicar que los mitos hayan colmado ese vacío, nuestra manida falta de especificidad como hispanoamericanos. Y allí es cuando se hace presente el mito de Sisifo, en esa diaria y existencial lucha por la libertad; la que a su vez, como paradoja y como aporía, como simple movilizador social y de circunstancia se hizo mito. Nos ha mostrado inacabados dentro de las páginas de la historia patria recorrida, tal como lo demuestra la realidad, pero así mismo nos ha hecho resilientes y audaces, innovadores.

En la obra seminal de Eduardo Devés Valdés –*Del Ariel de Rodó a la Cepal (1900-1950)*, I, Buenos Aires, 2000– hay amplia descripción teórico-práctica, además, sobre la oscilación constante acerca del asunto que fija y ha planteado Rangel, entre la perspectiva de modernización como obsesión de Hispanoamérica o la de su identidad. Una y otra nutren al pensamiento, cabe subrayarlo, de nuestras élites, interesadas en influir en las formas para sostener el ejercicio secular de su tutela sobre las sociedades mestizadas que somos. Se le ha construido a Hispanoamérica, así, una historia postiza en ausencia y sin el discernir de sus gentes acerca del ser nacional que se nos ha extraviado, y sobre la conciencia de nación –“conciencia de unidad”, señala el académico y expresidente de Venezuela, Rafael Caldera (1916-2009)– a fin de determinarla, haciéndola valer.

Entre el mestizaje y la conciencia de nación

Dos cuestiones propuestas y referidas por Rangel, en suma, se entrelazan y se hace necesario revisitarlas durante el siglo que avanza, desde sus ángulos específicos, uno el del mestizaje, otro el de la conciencia de nación y su voluntad preferida. Venezuela es un apropiado laboratorio, pues en cada crisis saca del cajón de sus cosas viejas, como amuleto para que absorba las cosas negativas, a su épica por la Independencia, cuando apenas tremola la libertad para agenciarse a la dictadura.

Ricardo Rojas (1882-1957), poeta, dramaturgo e historiador argentino que ejerce influencia sobre la cultura de su nación, al efecto “propuso un programa de cultura política para consolidar la identidad nacional sobre la base de la aceptación del mestizaje étnico, la lengua castellana y las ideas de libertad, justicia e igualdad”; ya que “perduraban en las instituciones argentinas de tradición hispánica”. En paralelo, desde México, José de Vasconcelos (1882-1959) habla del mestizaje cósmico y de su virtud integradora en su obra *Indología* (1927) –Rojas intitula la suya *Eurindia*, en 1924– para indicar que “el trópico y el mestizo son (...) la escena y el protagonista de una nueva civilización”.

Libertarios e igualados seríamos y sería esta la esencia de lo nuestro y de lo compartido desde el Río Grande hasta el Cabo de Hornos, como expresión de una cultura sincrética y de presente en constante forja, con sus matices en las zonas montañosas, pero de suyo universalista dado el mestizaje. Pero lo de observar es que Rangel, tras

su larga, lúcida y muy culta argumentación, nutrida de amplias referencias para convalidar el juicio que hace sobre lo que fue la utopía del Nuevo Mundo y la figura del buen salvaje, como expresión americana del mito europeo de la inocencia humana antes de la caída de Adán; vuelta a encontrar o realizada aquella utopía desde el descubrimiento y la llegada del navegante genovés a las costas de Paria hasta en los planes de la Colombia mirandina; u oteando sobre los otros mitos que en su decurso accidentado decantan en el buen revolucionario, el Cristo laico como le llama, al término aprecia el autor que uno y otro llegan unidos de promesas salvíficas.

No cabe duda –tampoco lo esconde la obra de la que se ocupa esta breve recensión– en que Rangel se suma a la literatura pesimista cuyo pionero remoto es el boliviano Alcides Arguedas (1879-1946). Refiriéndose a la integración del indio con la pampa escribe lo siguiente en el libro que publica en México, en 1959, *Pueblo enfermo*: “Nótase en el hombre del altiplano la dureza de carácter, la aridez de sentimientos, la absoluta ausencia de afecciones estéticas”. “El ánimo no tiene fuerza para nada sino para fijarse en la persistencia del dolor. Llégase así a una concepción siniestramente pesimista de la vida”, afirma Arguedas.

La democracia dubitativa

Rangel hace suya la perspectiva bolivariana, que estima cristalizada y la apalanca con el mismo verbo del Padre Libertador: “La América es ingobernable para nosotros; la única cosa que se puede hacer en América es emigrar; este país [la Gran Colombia] caerá infaliblemente en manos de la multitud desenfrenada para después pasar a tiranuelos casi imperceptibles de todos los colores y razas”. No obstante, una relectura juiciosa desde el presente abona en lo que sí se volvió inacabado y pasó a ser el verdadero mito que atrapara la conciencia en permanente forja desde esa piedra angular de lo hispanoamericano que fue Venezuela, a partir de la hora de su emancipación. Es el mito de la libertad. Insistimos en ello.

Mas el ángulo de la libertad es el pertinente, por ser el fruto de la génesis hispanoamericana y la raíz oculta de su remota conciencia. De cara al pasado –en oposición, es cierto, a la deriva calvinista anglosajona que toma Rangel como ejemplaridad, también por reformista– y con vistas a lo corriente, todavía se sostiene entre nosotros un complejo colonial sin solución de continuidad. Y es ese el verdadero factor que nos truca y nos falsea; que nos ha vuelto como nación y a lo largo de la geografía continental una caricatura forjada a partir y dentro de los cuarteles y a manos de sus gendarmes a lo largo del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX; más tarde se repetirá a partir y dentro de los personalismos políticos partidarios, hasta que la disolución cultural y social nos llega de improviso hacia 1989.

Ella revela como inédito lo que siempre fue permanente, el hambre de libertad en las grandes mayorías que pisan nuestra geografía desde la aurora y en sus distintas vertientes raciales; más luego, las corrientes de migrantes que vinieron a resolver nuestras severas pérdidas poblacionales en las horas de mayor efervescencia revolucionaria, bajo dictaduras y dictablandas, extrañas todas a la “voluntad de nación”.

Si Rangel, en buena lid, se apoya en Simón Bolívar, vale recordar que en Cartagena de Indias (1812) este prosterne a la nación en ciernes, al estimarla de impreparada para el bien de la libertad. Después demanda en Angostura (1819) la forja de un Senado vitalicio y hereditario integrado por las armas, para que los sujetos de su tutela nunca olviden la obra redentora de los patriotas. Y mirándose en el espejo del príncipe inglés desde la misma ciudad del Orinoco, sucesivamente, al crear Bolivia (1826) le da vida a la presidencia vitalicia y a la escogencia a dedo de su sucesor, en cabeza del vicepresidente que haya designado para ello. Tal deriva hizo implosionar su modelo centralista de poder, la Gran Colombia, que apagó la vocación localista de la América española que había durado unos cuatro siglos (Asdrúbal Aguiar, *Huellas de la Venezuela extraviada. La mano de Dios*, 2020). “De resultas se vive de hoy para mañana, se hace para deshacer, se obra para destruir, se piensa para embaucar”, le relata Cecilio Acosta a Rufino J. Cuervo de 15 de febrero de 1878 (*Obras*, V, Empresa El Cojo, Caracas, 1907).

Rangel, aquí sí, en línea diversa de lo bolivariano le rinde tributo a lo permanente, a lo que sigue siendo todavía nominal en la tradición hispanoamericana y explican nuestros breves intersticios de utópica libertad. Me refiero a lo único que, según él, acabaría con los mitos y puede darle pie firme a la libertad, a saber, la democracia, “como sistema en el cual el poder está repartido, fragmentado, disperso”. “El ánimo democrático es dubitativo”, predica su libro al que rendimos nuestro sincero homenaje. ●

(*) Jurista, catedrático, escritor. Es miembro de la Real Academia Hispanoamericana de Ciencias, Artes y Letras de España, de las Academias Nacionales de Ciencias Morales y Políticas y Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires, y de la Academia de Mérida, Venezuela.

50 AÑOS >> DEL BUEN SALVAJE AL BUEN REVOLUCIONARIO

La democracia venezolana en Carlos Rangel

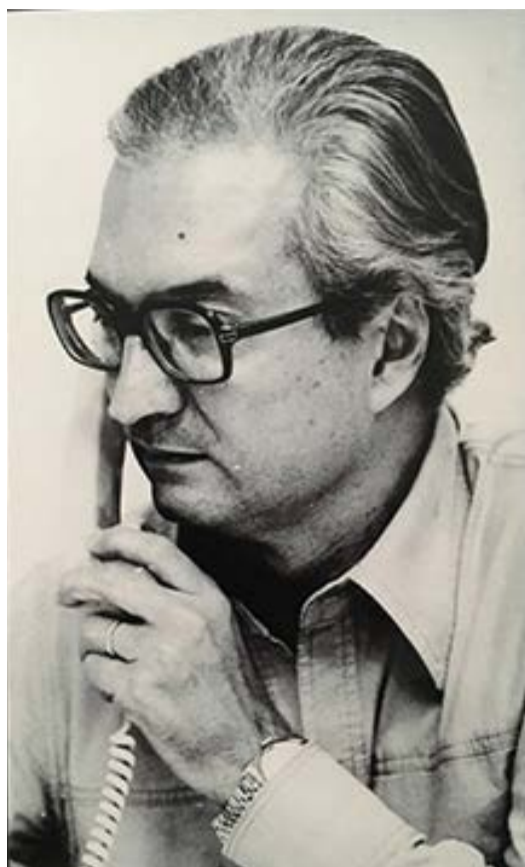
"Califica a Betancourt como el 'anti-Fidel', exhibiendo como un mérito lo que originalmente fue una acusación contra el personaje, recordado que el proyecto reformista venezolano (*aprista*) coincidió con el castrismo cubano en la respectiva llegada de cada uno al poder en el mismo año (1959)"

PEDRO BENÍTEZ

Una de las partes menos comentadas del libro de Carlos Rangel, *Del buen salvaje al buen revolucionario* (1976), sea aquella dedicada a esos políticos latinoamericanos a los que denomina como reformistas o demócratas a la costarricense: Rómulo Betancourt, Alberto Lleras Camargo, Eduardo Frei, Rafael Caldera y Carlos Andrés Pérez a quienes contraponen a Fidel Castro y Juan Domingo Perón, mucho más conocidos por la opinión pública internacional de la época.

Originalmente dirigido al lector europeo, el libro pretende demostrarle que, pese a su accidentada historia desde las guerras de Independencia (1810-1824), esta parte del mundo también compartía valores como la libertad personal, la igualdad ante la ley, el gobierno representativo y el Estado de derecho. Es decir, la América española ("y no latina") era, en medio de sus particularidades, diferencias, y profundas contradicciones, parte de *Occidente*.

Sin embargo, al momento de su publicación la región pasaba, a la luz de esos mismos valores, una de sus horas más bajas. Naciones admiradas por su larga tradición de gobiernos constitucionales como Chile y Uruguay habían visto sus pactos democráticos destruidos, sus economías arruinadas, encontrándose bajo las botas del terrorismo de Estado. Argentina, en



CARLOS RANGEL AL TELÉFONO / ARCHIVO FAMILIAR

otros tiempos la sociedad soñada de Suramérica, seguía hundida en un largo empantamiento institucional. Por entonces, en toda Latinoamérica solo había tres democracias: Costa Rica, Colombia y Venezuela.

En el resto dominaba algún tipo de régimen autocrático, sostenido en la fuerza y el fraude electoral; desde el partido único mexicano, pasando por el gobierno de los generales desarrollistas brasileños, hasta la tradicional dictadura familiar de los Somoza ("los caudillos consulares"). Estos casos Rangel los describe y analiza en el libro con bastante detalle ("Las formas del poder político"), siendo una fuente importante de comprensión de la historia contemporánea latinoamericana.

En cuanto a Venezuela, dedica unas pocas, pero elogiosas páginas, donde presenta un apretado resumen de la historia nacional. Para ese momento el país parecía estar llegado al cénit de lo que podemos denominar su edad de oro; los años transcurridos entre 1936 y 1976 lo habían transformado gracias a sus exportaciones de petróleo, y experimentaba un enorme auge

económico. Además, luego de cuatro elecciones libres sucesivas y tres traspasos pacíficos de gobierno entre civiles, sin interrupciones violentas o no previstas constitucionalmente, la democracia venezolana lucía como un faro.

Esta "hazaña" Rangel la destaca y no desaprovecha de presentarla como la contraposición de la mucho más conocida, ensalzada y publicitada, Cuba revolucionaria. Califica a Betancourt como el "anti-Fidel", exhibiendo como un mérito lo que originalmente fue una acusación contra el personaje, recordado que el proyecto reformista venezolano (*aprista*) coincidió con el castrismo cubano en la respectiva llegada de cada uno al poder en el mismo año (1959), y cómo los dos terminaron enfrentados fatalmente durante la siguiente década.

Que el ensayo democrático venezolano haya sobrevivido a la violencia, el terrorismo urbano y el foquismo de las guerrillas comunistas, le parece una demostración de que ese sistema sí era viable para la región, y que servía mejor a los intereses de Venezuela, que Castro y el comunismo a Cuba.

Es interesante constatar que Rangel no parece ver nada perjudicial en la nacionalización de la industria petrolera venezolana (cuya ley se discute y aprueba mientras redacta el ensayo), cuyos procedimientos y objetivos, estrictamente económicos y soberanistas, evalúa como más adecuados que la ruptura y la fricción con Estados Unidos que propugnaban los castristas venezolanos. En cuanto a la OPEP, lo juzga como un experimento razonable en contraposición a la teoría guevarista de hacer en Latinoamérica dos o tres Vietnam.

Por ese, así como por otros temas expuestos, el libro constituyó una afrenta para buena parte de la intelectualidad venezolana de esos años, abrumadoramente procastrista, antiyanqui y ferocemente crítica del régimen de la democracia representativa imperante, siendo Betancourt y Pérez sus bestias negras.

De modo que, como se podrá apreciar, *Del buen salvaje al buen revolucionario* no fue un texto "antisistema". Todo lo contrario. Fue sí audaz, puesto que desafió la corriente intelectual predominante, no solo en Venezuela.

No obstante, el juicio favorable de Rangel hacia la democracia venezolana va a variar durante la siguiente década. Afortunadamente para sus seguidores, Monte Avila Editores tuvo a bien publicar póstumamente una recopilación de varios de sus trabajos en *Marx y los socialismos reales, y otros ensayos* (1988) donde hace

un juicio severo del "grado patológico de concentración de poder en el Estado" existente en Venezuela, señalando eso como la causa de la crisis económica en la que había caído el país.

Eran los días posteriores al viernes negro de febrero de 1983, aquel mazazo que cayó sobre unos venezolanos acostumbrados por décadas a la estabilidad y previsibilidad de una moneda estable y con alto poder de compra. La opinión pública buscaba explicaciones, y culpables, ante el hecho de que haya sido el empobrecimiento generalizado el resultado del gigantesco auge de ingresos petroleros de la década precedente.

En las mencionadas páginas podemos rastrear al Rangel que en los últimos años de vida se convierte en crítico abierto del modelo de economía mixta ensayado por los demócratas socialistas venezolanos en distintos grados desde 1959, cuyas raíces ubica en la tradición antiempresarial hispana. No duda en cometer la herejía de señalar los efectos perversos de la decisión tomada por Simón Bolívar de reservar en monopolio para la República los recursos del subsuelo.

Le alarma, como un riesgo a la institucionalidad democrática que valora positivamente, que, ante lo obviamente equivocado del modelo de desarrollo imperante y la creciente marginalización de una parte de la sociedad, la alternativa planteada no sea sino más socialismo. No cuestiona el ensayo democrático venezolano, por el contrario, insiste en elogiarlo por haber promovido exitosamente la convivencia, la tolerancia y la transacción practicadas por encima del sectarismo grupal. Admite, el gigantesco avance que en todas las áreas logró el país desde 1936. Pero señala que los gobernantes venezolanos desde 1958, si bien acertaron en lo político, estaban errando en lo económico.

Sus advertencias sobre los dramáticos riesgos que ese curso de las cosas podría provocar, hoy, a la luz de lo ocurrido desde entonces, luce a profecía. Sin embargo, sus reflexiones no se quedaron en el lamento; como remedio a la crisis venezolana propuso no menos, sino más democracia y libertad. Precisamente es eso, 50 años después de la publicación de su clásica obra, por lo que la mayoría de los venezolanos claman. ☛

*Historiador venezolano. Analista y consultor político. Profesor de Historia Económica en la Facultad de Economía y Ciencias Sociales de la Universidad Central de Venezuela (UCV). Columnista de opinión en diversos medios, actualmente en *AlNavío* y *Efecto Cocuyo* donde publica semanalmente.

Entre estantes vacíos y esperanzas del sur

"A pesar de haber transcurrido medio siglo, las ideas de esas páginas siguen impactando a mi generación y a las que vienen. Es un libro que posee una vigencia inquietante y sigue siendo lectura obligada para entender el laberinto de Venezuela y el continente"

ANDREA RONDÓN GARCÍA

Se cumplen cincuenta años de la primera edición de *Del buen salvaje al buen revolucionario*. El hito ocurrió en francés, bajo el sello de Editions Robert Laffont en París. Ese mismo año, 1976, la obra se publicó en nuestro país de la mano de Monte Ávila Editores, marcando un antes y un después en el pensamiento crítico latinoamericano.

Jean-François Revel diría en el prólogo de aquella primera edición que el libro "...es el primer ensayo contemporáneo sobre la civilización latinoamericana que aporta una interpretación verdaderamente nueva y probablemente exacta".

Las tesis de Rangel sobre América Latina son lapidarias. La frase que marcó mi primera percepción del libro fue su definición de la identidad regional: "...hija del buen salvaje, esposa del buen revolucionario, madre predestinada del hombre nuevo".

A pesar de haber transcurrido medio siglo, las ideas de esas páginas siguen impactando a mi generación y a las que vienen. Es un libro que posee una vigencia inquietante y sigue siendo lectura obligada para entender el laberinto de Venezuela y el continente. Somos una región que aún no logra el desarrollo pleno debido, en gran medida, a esos mitos que Rangel

diagnosticó con tanta claridad.

Desde mi amor por los libros y las librerías, he vivido esta vigencia de una forma particular. He tenido la oportunidad de ayudar a exestudiantes y amigos menores de 30 años que buscan desesperadamente el libro en físico. Lamentablemente, en las pocas librerías que sobreviven en el país, la obra es un fantasma. En Mercado Libre —esa nueva vitrina forzada de nuestros libreros— se consiguen algunos títulos de Rangel, pero casualmente el libro que lo consagró es el más escaso. Poseer un ejemplar de aquella edición de Monte Ávila de 1976, con su lomo gastado y sus páginas amarillentas, se ha convertido en un símbolo de estatus intelectual o, tal vez, en un acto de resistencia.

No dejo de preguntarme cómo es posible que, en la era de la inmediatez digital, jóvenes que nacieron con internet sigan rastreando un ejemplar físico con tanto ahínco. ¿Es un acto de rebeldía poseer la obra que desnudó los mitos de la región? Tal vez el libro mismo contagia esa rebeldía. Carlos Rangel hijo, en el prólogo a la edición brasileña de 2019, recordaba: "Carlos Rangel fue vilipendiado por muchos, puesto que su libro vio la luz en ese período de agitación política dentro del marco de la Guerra Fría en su apogeo".

He tenido acceso a este prólogo gracias a la versión digital que Cedice, trabajando de manera



conjunta con Carlos Rangel hijo, ha puesto a disposición en su librería virtual (<https://libreria-cedice.org.ve/libros-libres/>). Aunque me declaro amante del libro físico, agradezco esta paradoja: mientras el libro es "inconsegurable" en los estantes físicos, la tecnología lo hace democrático y gratuito.

Estas tesis deben seguir difundirse porque, en pleno siglo XXI, no estamos tan alejados del diagnóstico original. Seguimos orbitando sobre esa figura idealizada del indígena puro (el buen salvaje), transitamos por la fe ciega en redentores mesiánicos (el buen revolucionario) y, ante el agotamiento de la retórica, seguimos atacados en la búsqueda de un ideal de "hombre nuevo" que en nada se aleja de los vicios de sus predecesores.

Resulta doloroso hablar de Venezuela en este contexto. Los últimos 26 años de nuestra historia parecen una consecuencia inevitable y trágica de las advertencias de Rangel. Él no relegó a Venezuela a un apéndice; la utilizó como el hilo

conductor y el espejo de sus tesis. Nuestra historia aparece de forma transversal para explicar el fracaso del modelo rentista y populista.

Sin embargo, el libro también nos ofrece ventanas hacia otros rumbos, como México, Perú o Argentina. Sobre esta última quiero detener mi atención. Rangel destacaba que Argentina contaba con una importante tradición liberal, cimentada en la Constitución de Juan Bautista Alberdi de 1853. En su análisis sobre el peronismo, Rangel apuntaba hacia la nación sureña como el gran ejemplo trágico de lo que pudo ser y no fue, contrastando el éxito del siglo XIX con la decadencia del XX. Para él, la Argentina de Alberdi era la prueba de que el desarrollo es posible si se abandonan los mitos y se abraza la ley. Esta insistencia confirma que para Rangel, Argentina era la gran promesa que aguardaba su reencuentro con la sensatez de Alberdi.

Este parece ser el momento perfecto para revalorizar esa tesis. Hoy en día, Argentina tiene a Javier Milei como presidente, marcando un hito en la región al ser electo un candidato con un discurso abiertamente liberal y contrario al colectivismo. Estamos ante lo que Alberto Benegas Lynch (h) define como el segundo milagro argentino. Hoy, ese milagro parece ser el eco tardío de las páginas que Rangel escribió bajo el cielo parisino hace cinco décadas.

Quizás, a cincuenta años de aquel estallido intelectual, estemos dejando de ser la madre predestinada de ese "hombre nuevo" que solo trajo escasez, para convertirnos en la generación que finalmente se atrevió a incinerar los mitos. Mientras Cedice rescata la obra de Rangel del naufragio editorial y en el sur se intenta desandar el camino de la demagogia, la búsqueda de esos jóvenes por el libro físico cobra un nuevo sentido: no buscan un objeto decorativo, buscan la brújula que les fue arrebatada.

Si logramos que las ideas de Rangel dejen de ser una leyenda de pasillo en las librerías para convertirse en el sentido común de nuestras sociedades, entonces la frase lapidaria de Rangel dejará de ser una profecía de condena para convertirse en el recuerdo de un pasado al que no pensamos volver. Al final, la libertad, al igual que un buen libro, siempre encuentra la forma de ser abierta. ☛

SIN GUÍA PARA PERPLEJOS

Volver

RUTH CAPRILES

El apego a la tierra, la nación y la patria puede reducirse al código genético que previó esa curiosa estrategia de sobrevivencia. Es una pauta afectiva, un modo de obligarnos a preservar fórmulas adaptativas y ventajosas. Si me apego a la tierra, no solo me adapto sino la preservo y la uso para beneficio y ventaja competitiva en la carrera evolutiva.

Nuestra consciencia, esa autorreflexión infinita, ha decorado los instintos con profusión barroca: los ha convertido en emociones que seguimos sin saber lo que son pero duelen igual.

Así la tierra se vuelve terruño: es la luz, el verde y el azul, la montaña, la temperatura, el festín del bucare, el peso de la atmósfera, la naturaleza todavía indómita.

En su última novela, Ana Teresa Torres teje una red de caminos seguidos por los que llama *Desterrados*, quienes por azar y necesidad cruzan sus destinos abocando en Venezuela, tierra pronta para servir de terruño al forastero.

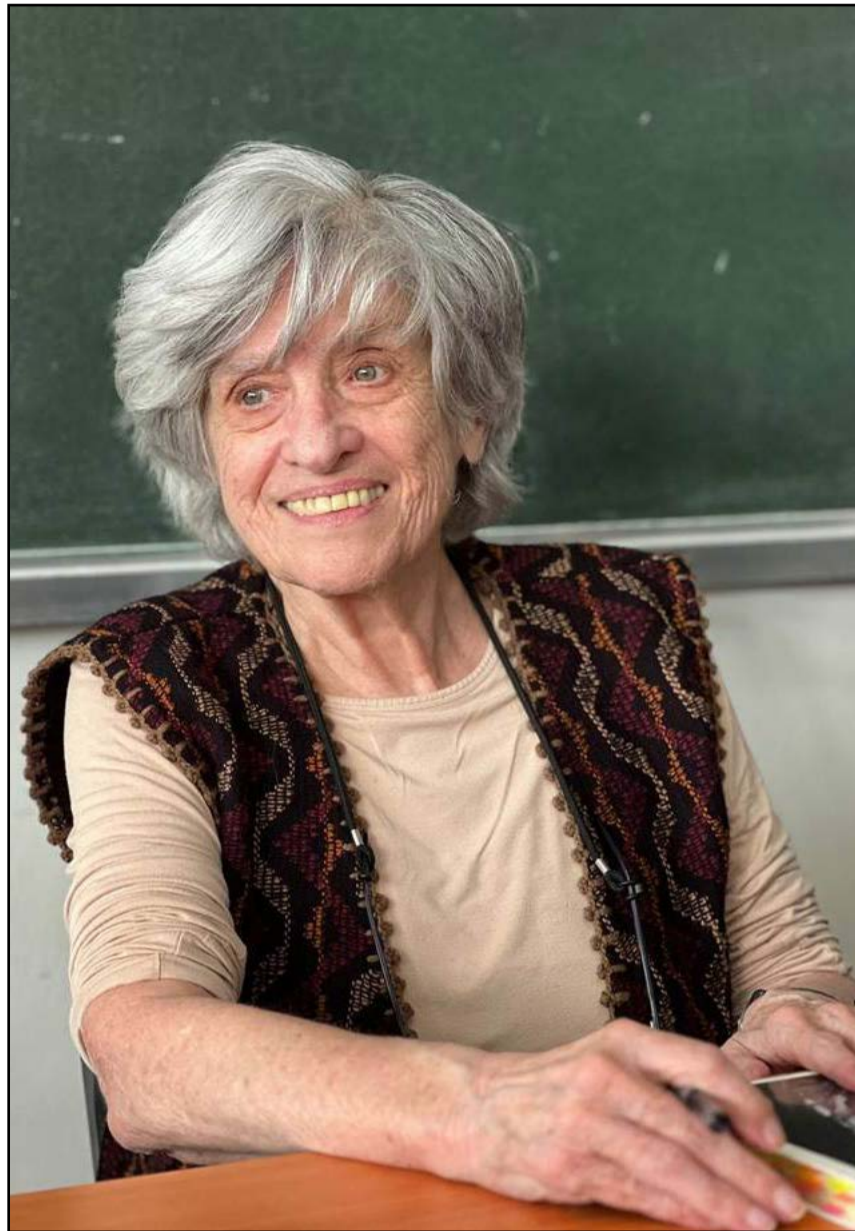
Ahora son nuestros desterrados quienes buscan otras tierras, se deslastran del viejo terruño y hacen otro, se adaptan, Y la vieja tierra será nostalgia que alimentará la imaginación y la complejidad afectiva por algunas generaciones.

La nación es un sentimiento de pertenencia a la familia, la tribu, el clan, el universo de Ana T., y parece más difícil deslastrarse de él. Una vez pregunté a una armenia, venezolana de varias generaciones, qué la ligaba a la nación armenia. “Porque me lo han pasado los ancestros.”

La nación es genealogía, memoria. ¿Qué provoca el sentimiento nacional en este país de memoria corta? ¿Los aborígenes, los héroes de la Independencia? ¿Es un simple carácter nacional: la informalidad?

Vuelvo entonces a esa minuciosa genealogía tejida por Ana T. entre sus desterrados y me percato de mi equivocación, no había notado su genial uso literario de la contradicción. El terruño se cambia y la memoria ancestral se pierde. Lo que queda es el mestizaje que la errancia produce y diluye las naciones.

La “patria” refiere al pacto entre ciudadanos sobre un orden de autoridad. Refraseando a Borges, nadie es la patria, pero todos debemos ser



ANA TERESA TORRES / ©DAVID REBANALES

dignos de cualquier pacto original que haya conformado el Estado. No es más que eso: la aceptación y participación en un orden de autoridad.

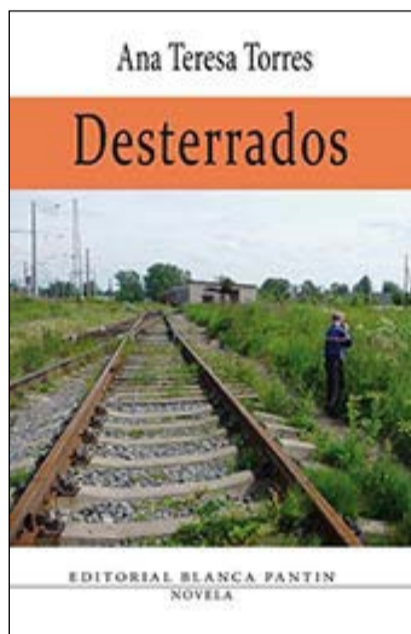
Algunos musulmanes en Europa, que han abandonado tierra, mantienen nación y desconocen la patria que los acoge. Y hay muchos dirigentes en la historia que han impuesto la patria a sus súbditos como único valor, quitándoles sus tierras y memorias.

La patria suele ser cargada de emociones y se convierte en patriotismo e ideologías nocivas. Y toda invocación al patriotismo persigue y produce sacrificio, guerra, destrucción. Por tanto, es el apego más fácil de cortar, por razones múltiples y obvias, reducibles a la felicidad personal o al “sálvese quien pueda”.

¿Qué tan importante es la patria entre nuestros apegos? ¡Es tan fácil cambiarla, perderla, cederla!

Y todos igual de contentos. No hay que llorar como mujeres lo que no supimos defender como hombres.

Alegrémonos pues; quizá somos



adelantados y no habrán patrias en el mundo futuro, que en el próximo seremos parte de uno de dos o tres imperios, y en el lejano, parte de alguna federación galáctica. ☉

NOTA AL MARGEN

Llama encendida y herencia en el diario íntimo

KEILA VALL DE LA VILLE

No hay lesión personal que no sea una llaga abierta en el mundo, y todo desmoronamiento universal es inmediatamente la afición que amenaza de muerte el cuerpo del escritor
Alan Pauls

En el prólogo a *Cómo se escribe un diario íntimo*, Alan Pauls apunta la cualidad mortuoria del diario, fuese descubierto y publicado luego del deceso de su autor, o conteniendo detalles, nimios apuntes cotidianos, que no volverán. La persona protagonista de esos eventos, autora de ese registro, cada día muere sin posible renacimiento.

Dice Pauls: “¿no hay ya en cada anotación de diario íntimo algo fatalmente fúnebre, una suerte de distancia mortuoria que separa ese apunte del instante, no solo en que habrá de ser releído (por su propio autor) o leído (por algún lector), sino en el que producirá sus verdaderos efectos?”. Cada entrada es una botella lanzada al mar.

El aquí y ahora no se extiende. La persona que fui ayer, hoy ha caducado. Así mismo, la propia esencia es vela que enciende la siguiente: en un diario algo se mantiene página a página, la llama es siempre la misma. Kafka ha dicho: “Cuando digo algo, pierde inmediata y definitivamente su importancia; cuando lo escribo, también la pierde siempre, pero a veces adquiere una nueva”. Un diario ofrece la oportunidad de mirar bajo un nuevo filtro ese acontecer cotidiano en el presente, de asentar, a partir de la confianza consigo mismo (independiente de la lectura de –diré: un tercero) el evento o la reflexión, más allá de su instancia.

Desde el momento en que sentimiento, momento, memoria son nombrados, ocurre su catalogación y una suerte de destino arqueológico. El asunto toma un nuevo sentido, y se vuelve vestigio. Cada acotamiento en ese archivo arqueológico supone y requiere la mutilación de la memoria original, que pierde porosidad y aquella red de relaciones que le fue natural cuando aún viva. Simultáneamente, esa edición inseparable de la propia interpretación del hecho, supone una relación íntima con la propia identidad. Con esa llama de



vela en vela encendida.

Todo diario tiene un único contrato no negociable, uno con el eterno presente en la fecha apuntada en una esquina. Por lo demás, y esto no es contrato sino resultado inevitable, deja siempre entre sus líneas colarse el contexto. Esa danza entre historia personal e historia oficial. Señala Pauls que todo diario íntimo denota por qué, para qué, con qué esperanza se ha escrito: “... para dar testimonio de una época (coartada histórica), para confesar lo inconfesable (coartada religiosa), para ‘extirpar la ansiedad’ (Kafka), recobrar la salud, conjurar fantasmas (coartada terapéutica), para mantener entrenados el pulso, la imaginación, el poder de observación (coartada profesional)”. Pero hay otra posibilidad: “¿Y si todo ese variado repertorio de funciones se redujera a una sola fórmula, arcaica pero eficaz: conocerse a sí mismo?”. Y qué si el diario en su consecución de los días buscarse registrar no una identidad, sino una mutación?

Cada diario es libre en forma, estilo, destino. Entre sus líneas se esconden mundos, el relato de una manera de ser y estar. Esa práctica solitaria mientras se está en el mundo deja constancia de un *zeitgeist*, de una transformación íntima, y es herencia cotidiana de sí: llama encendida de plano anterior a plano posterior. ☉

CAFÉ DEL DÍA

El día que vi a Julio Cortázar

ROGER VILAIN

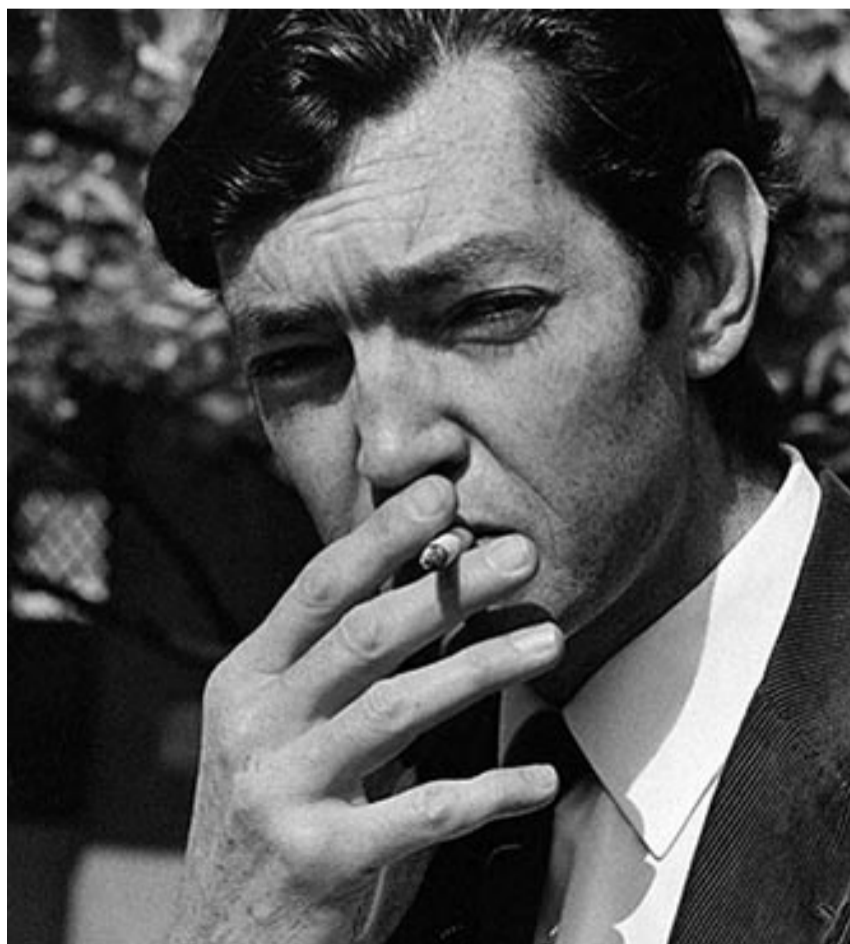
En la Upata de mis veinte años vi a Julio Cortázar. Lo primero que pensé fue que no era posible. Pero lo era. Pateaba la calle Miranda en dirección a la plaza del pueblo, se detuvo un instante para encender un cigarrillo y de seguidas continuó para tomar la calle Sucre.

Pedro Suárez, quien me acompañaba, dijo vamos. Yo apreté la marcha pero no dimos con él. Entonces Carlos Villaverde y Adán Astudillo, amigos, fanáticos del argentino, volaron tras nosotros, nos alcanzaron y gritaron con las lenguas de corbatas: “¿No vieron a Julio Cortázar?”.
Hoy guardo la seguridad de aquel encuentro. Corría el año ochenta y tres –lo recuerdo bien, entre otras razones porque el escritor murió a los pocos meses y claro, por la impronta que haberlo visto me produjo–, de modo que no estoy equivocado. El día que apareció anduvimos, desan-

duvimos y volvimos a andar la calle Sucre, de punta a punta en su amplísima extensión, pero el cronopio, movida maestra de su parte, jugó al gato y al ratón con cuatro boquiabiertos en plena *Rayuela*, en plena acera de aquel pueblo que quién lo hubiera imaginado.

Escribí arriba que hoy guardo la seguridad de aquel encuentro. Créeme que no miento. Ahora, mil años después, de nuevo camino en paz por esa calle, pongo proa rumbo a la plaza, cruzo hacia la Sucre y allá va otra vez Cortázar, *Gitane* entre los labios tipo Bogart como si estuviera en *Casablanca*. Pedro Suárez me alcanza transformado en manicomio, Villaverde y Astudillo no se quedan atrás, y con las lenguas de corbatas preguntan en un grito si yo he visto lo que ellos.

Entonces juramos por todos los dioses que no va a desaparecer ante nosotros. Cortázar a lo lejos con los restos del primero enciende otro



JULIO CORTÁZAR / ARCHIVO

cigarrillo y para no perderlo corremos. Corremos, corremos, que no se nos escape, que no se fugue en la distancia. Pero volvió a ocurrir, y acabó oculto, y escabullido, y esfumado o

como se te ocurra mencionarlo.

Con mis tres amigos he recordado aquello esta mañana. Es que sabemos dónde estuvo, intuimos el por qué, adivinamos la verdad que terminó

por fulminarnos. Fíjate que Cortázar llegó a manifestar: “Acercarme a La Maga que sonreía sin sorpresa, convencida como yo de que un encuentro casual era lo menos casual en nuestras vidas”. Sí, conocíamos ya las razones y si me apuran incluso también las sinrazones. El azar, que según mencionó alguien juega muy bien a los dados, hace de las suyas como nadie, es un cronopio hasta las tripas.

Mientras escribo fumo un *Villiger Red Mini*, tabaco de los dioses por donde lo mires. Tomo café, doy sorbos al agua mineral, siento el fresco en una terraza bien plantada. La verdad es que siempre hemos andado tras sus pies, o tras sus huellas para ser exacto. Mis amigos y yo, por fin, nos acercamos al blanco. Habíamos tensado el arco años atrás, largado una flecha que atravesó el espacio, que perforó el aire y llegó donde debía llegar.

Vimos a Julio Cortázar, por supuesto, metido bajo las sábanas en el último segundo. Luego recalamos en el bar que siempre nos abrió sus puertas frente a circunstancias como estas. Ahí se aclaró todo. Se esfumó, hizo mutis, y aunque el desconcierto llenó décadas figuramos en la trama, es decir, fuimos personajes de su obra.

En la calle Sucre lo seguimos sin llegar a puerto. Mucho después comprendimos: acabó siendo la manera –su manera– de por fin hacerlo nuestro. Realidad sin más, cortazariana, de su verdadera cercanía. ☉